

Lou Carrigan

LA CUCARACHA


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

LA CUCARACHA

Colección LA HUELLA n.° 45
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 29894-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: septiembre, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Si en aquel momento alguien hubiese entrado en la oficina de Lamont Lamb, habría visto, en primerísimo primer plano los pies de Lamont. Es decir, los zapatos, por la parte de la suela. Y esto, debido a que Lamont tenía los pies sobre la mesa, apuntando hacia la puerta.

Inmediatamente, y debido a esta visión, el visitante habría comprendido que había algo que al señor Lamb le urgía verdaderamente: comprarse unos zapatos. A menos que llevar las suelas agujereadas fuese una excentricidad de Lamont Lamb de la cual no estuviese dispuesto a prescindir.

Otra cosa que podía considerarse una excentricidad por parte del señor Lamb, era hacer pajaritas de papel. Estaba terminando una, de buen tamaño, que muy pronto se uniría a las que ya llenaban la mesa en toda su superficie, excepto la ocupada por los pies del hombre que, según se decía, era uno de los mejores detectives privados de todo el estado de Nueva York.

Y sin embargo…

Sin embargo, Lamont Lamb tenía que fumar de gorra, soportar los agujeros en sus zapatos, y comer solamente en los momentos en que su dignidad era superada por un apetito voraz, momento en que se decidía, bien que de mala gana, a dar un sablazo al primer amigo que se le ponía a tiro.

En resumen: Lamont estaba en la más completa ruina.

Había telarañas en su oficina, los muebles estaban llenos de polvo, y los archivos habían sido cerrados con llave nueve meses y medio atrás, y así seguían.

¿Que si las cosas estaban realmente tan mal? Bueno: ya no tenía teléfono, se había vendido las dos máquinas de escribir, el

paragüero, la mesa de su secretaria, el perchero, el depósito de agua, la cafetera…

¿Mal? ¡Pésimamente!

Y todo porque nueve meses y medio atrás, la policía había decidido retirar su licencia de detective privado al sufrido señor Lamb. Desde entonces, no había dado golpe. Sus amigos le decían que un tío listo como él podía dedicarse a cualquier cosa, incluso, por ejemplo, y valga la broma, a presidente de los Estados Unidos de América. De aquí para abajo, a cualquier cosa: vendedor de seguros, fontanero, trapecista, boxeador, modelo de fotógrafo para las revistas del estilo *Play*-women… Todo esto no eran exageraciones, porque el señor Lamb, además de alto, guapo, atlético, elegante, inteligente y muchas cosas más, era una persona hábil. Podía hacer cualquier cosa. Y hacerla bien.

Pero, a los treinta y dos años, hacía ya ocho que el señor Lamb había elegido lo que quería hacer y ser: detective privado. Por lo tanto, había sacado su licencia, instalado su despacho, y en siete años obtuvo tal prestigio que ora forzoso admitir una cosa, Lamont Lamb había dado en el clavo. Había sabido escoger su profesión. Por lo tanto, salvo que muriese en aquel camino de hambre y de zapatos agujereados, él sería siempre detective privado. Y al que no le gustase, que se tapase el ombligo con la brasa de un cigarrillo.

Esto del ombligo y de la brasa del cigarrillo estaba muy acorde con Lamont Lamb, el cual, todo hay que decirlo, tenía una mala uva impresionante. Acostumbraba a sonreír dos veces al año: una, por Navidad; otra, por el cuatro de julio, fiesta de la Independencia de los Estados Unidos… Y con ese par de sonrisas, el señor Lamb se consideraba cumplido, y autorizado a tener mala uva el resto del año.

Precisamente, esta mala uva, a la que él solía definir como «producto agriado de ubres de vaca», o más claramente, mala leche, le había puesto en aquella situación.

Pero ¿había escarmentado el señor Lamb? No, señor.

No, porque por ejemplo, en aquellos momentos en que estaba terminando su milésima pajarita de papel, estaba de un «producto de ubres de vaca» que ponía los pelos de punta.

Bueno. Pues en ese instante apareció el insensato visitante en su oficina.

Lamont oyó abrirse la puerta de la salita de espera. Luego, tos pasos que cruzaban el antedespacho donde tiempo atrás había tenido una secretaria sensacional, pelirroja ella, y tan inteligente, que basta esta descripción para elogiarla: sabía sacar partido de la mala uva de Lamont Lamb. Una secretaria excepcional. Pero, claro, no tanto que la pobre chica fuese capaz de pasar nueve meses y medio sin comer, así que se había largado, con toda justificación… ¡Ah, Susy, Susy…! ¿Dónde estaría ahora la fiel secretaria de los verdes ojos?

—¿Señor Lamb? —Llegó la voz masculina.

Lamont frunció el ceño, y se quedó mirando hacia la puerta, sin contestar. El hombre apareció, vio los zapatos agujereados, y detrás, el adusto rostro del detective sin licencia, cuyos negros ojos no podían expresar peor disposición para recibir visitas.

El hombre carraspeó, y repitió:

—¿Señor Lamb?

Lamont se permitió mirarlo de arriba a abajo. No le gustó el tipo. Vestía bien, era atractivo, de edad aproximadamente a la de él, y parecía tener buenos modales. Pero, desde que los gánsteres habían dejado de andar con metralletas para andar con una sonrisa en los labios, Lamont no se fiaba de nadie. Detrás de cualquier sonrisa podía haber los pensamientos más horrendos del mundo.

—¿Qué quiere usted? —Gruñó Lamont, por fin.

—Sí es usted Lamont Lamb, vengo a encargarle un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—De su especialidad, naturalmente.

—Encargo rechazado.

—¿Por qué? Ni siquiera sabe de qué se trata, señor Lamb. ¿Por qué rechaza mi encargo?

—Es que no puedo caminar. ¿Se ha fijado en las suelas de mis zapatos?

El hombre estaba delante mismo de sus pies, y no podía dejar de ver, ahora, con todo detalle, los agujeros, con el negro fondo de los calcetines.

—Bueno —dijo el otro, llevándose la mano bajo la chaqueta, si sólo se trata de ese par de agujeros, podemos arreglarlo. Estoy dispuesto a darle un anticipo. ¿Qué le parecen doscientos dólares?

Lamont alzó las cejas. El otro extrajo dos billetes de cien, y los

dejó sobre la mesa, junto a los pies del detective. Éste miró los billetes, miró al sujeto, que sonreía, y se llevó un dedo a la sien, en remedo de saludo militar.

—Caballero —dijo Lamont—: acaba de solucionar usted el asunto de mis zapatos. Tenga la bondad de sentarse.

—Me llamo Wheeler —dijo el otro, sentándose en el borde de una polvorienta silla.

—Pues, señor Wheeler, muchas gracias.

Lamont bajó los pies de la mesa, colocando su sillón giratorio de lado. Luego, se quitó los zapatos, los dejó sobre la mesa, y alargó una mano hacia los dos billetes. Los dobló cuidadosamente varias veces, y luego los introdujo en los zapatos, tapando los agujeros. Volvió a calzarse, se puso en pie, y dio unos cuantos pasos, observado impasiblemente por Wheeler.

—Pues es verdad —dijo Lamont—: ha quedado solucionado el asunto de mis zapatos. ¡Esto es otra cosa!

—Entiendo —sonrió Wheeler, sacando de nuevo su billetera—. ¿Cuánto?

—No, señor Wheeler, no me entiende usted. Lo que ocurre es que hasta dentro de dos meses y medio, no puedo trabajar. Me retiraron la licencia, temporalmente.

—Lo sé. Pero con licencia o sin licencia, usted sigue siendo el mejor, ¿no es así?

—Uno de los mejores —puntualizó Lamont—. Cualquiera de los otros le resolverá sus problemas tan bien como yo…, y ellos están autorizados a ejercer.

—No he venido aquí a ciegas. Sé que está sin licencia, y precisamente eso, además de mi opinión de que es usted el mejor, me ha impulsado a venir aquí. Como norma, ustedes son discretísimos en lo que concierne a sus clientes, pero en este caso, aún lo será más, ya que no podrá ir diciendo por ahí que está haciendo determinado trabajo. No sé si me explico.

—¿Quiere decir que no hará comentarios sobre mi… vuelta a la circulación?

—Yo no. ¿Y usted?

—¿Insiste en contratarme?

—Quiero un hombre que haga un trabajo y que lo olvide. Sé que usted puede ser ese hombre. ¿Cuánto, como anticipo?

Lamont se sentó, se pasó una mano por la barbilla, y comenzó a hacer mentalmente unas cuentas: tanto para un traje, tanto para camisas, tanto para corbatas, calcetines, comida, tabaco…

—Mil quinientos.

Wheeler ni siquiera parpadeó. De su billetera extrajo dieciocho billetes de cien, flamantes, hermosísimos, que dejó sobre la mesa, al alcance de Lamont.

—Con los doscientos que han solucionado su problema de calzado, son dos mil. Tres mil más cuando termine el trabajo. ¿Está bien así?

—De acuerdo. ¿Qué debo hacer?

Wheeler sacó de un bolsillo un recorte de periódico, que desdobló y extendió sobre la mesa. Lamont se inclinó, y su interés por el asunto fue instantáneo. Se trataba de un asesinato.

—¿De qué día es este recorte?

—Da esta mañana. ¿No lee usted los periódicos?

—Últimamente, sólo cuando alguien se olvida un ejemplar en el Metro. ¿Me permite? Se dedicó a leer el breve artículo. Un famoso periodista, llamado George Delaware, había sido asesinado en su casa de Amityville, Long Island, la noche anterior, entre las nueve y las doce de la noche. A esta hora, su criado, llamado Alex Hubbard, había hallado el cadáver, al regresar de Nueva York, adonde había ido a divertirse unas horas. Causa de la muerte: tres balazos en la espalda del desdichado Delaware.

A esto seguía una breve descripción de cómo había sido hallado el cadáver, en el piso del salón, y una también sucinta biografía del famoso periodista. Naturalmente, la policía estaba sobre la pista del asesino, etcétera, etcétera.

Lamont miró de pronto a Wheeler.

—¿Lo mató usted? —preguntó.

—¿Qué dice? —Respingó y palideció Wheeler—. ¡Déjese de tonterías!

—Bien. Bueno, siento que haya ocurrido esto… Delaware era un buen periodista, en efecto.

—¿Lo conocía usted?

—Personalmente, no. Pero he leído muchas cosas de él. ¿Qué debo hacer respecto a este asesinato?

—Encontrar al asesino.

Lamont puso cara de mala uva.

—Vamos, señor Wheeler, no sea cretino: eso sabrá hacerlo perfectamente la policía. No me diga que usted es de esos bobos que creen que los detectives privados hacemos milagros.

—No, no. Sé muy bien que la policía acabará por encontrar al asesino, señor Lamb. Pero yo le he ofrecido a usted cinco mil dólares para que lo encuentre antes que la policía.

Lamont puso peor cara.

—Supongamos que lo consiguiese… ¿Qué debería hacer? ¿Escamotearlo a la policía?

—Sé que usted es un profesional honrado, y que no haría tal cosa, ni otras más o menos punibles. No, señor Lamb… Cuando usted encuentre al asesino, deberá denunciarlo a la policía, pero, dos horas después de haberme informado a mí.

—¿Y eso por qué?

—Tómelo o déjelo: son cinco mil dólares. Bien entendido que si la policía encuentra al asesino antes que usted, no percibirá los tres mil restantes.

—¿Pero podré quedarme con estos dos mil?

—Sí.

—Bueno, podría decirle a usted que sí, tumbarme a descansar; y conformarme con los dos mil, ¿no le parece?

Wheeler movió negativamente la cabeza, sonriendo.

—Sé que usted no hará eso. ¿Acepta el trabajo?

—Y urgente, ¿eh?

—Urgentísimo, señor Lamb. No es fácil competir con la policía, desde luego, pero así están las cosas.

—¿Ha contratado a alguien más para lo mismo?

—Claro que no. Si no lo consigue usted, no lo conseguirá ninguno de sus colegas.

—Es usted muy lisonjero, señor Wheeler.

—Soy objetivo y sincero. Por lo tanto, voy a permitirme decirle que si va a aceptar, estamos perdiendo el tiempo.

—Estoy de acuerdo con usted. Acepto. Pero, discreción por ambas partes, recuerde.

—No se preocupe por eso. —Wheeler sacó un papel y se lo tendió—: llámeme a este número cuando haya encontrado a nuestro hombre.

—Bien.

—Adiós, señor Lamb —se puso en pie Wheeler.

—Adiós, señor Wheeler —puso los pies sobre la mesa Lamont—. Y gracias por su reparación de calzado.

Wheeler sonrió, y salió de la oficina. Durante unos segundos, Lamont permaneció inmóvil, absorto. Luego, tomó el recorte de periódico, y volvió a leerlo. Lo dobló, se lo guardó, y recogió los billetes, formando con ellos un opulento abanico que sostuvo con una mano ante sus ojos.

Y así estaba cuando volvió a oír pasos en la entrada a su oficina. De momento, pensó que Wheeler había olvidado algo, y que regresaba para hacer una aclaración. Casi enseguida, se dio cuenta de que eran dos las personas que caminaban hacia su despacho, no una.

Y ya no tuvo tiempo de más.

Dos hombres aparecieron en el umbral, y se quedaron mirándolo fijamente. De pronto, uno de ellos sonrió.

—Caramba —dijo—. Si yo tuviese tantos billetes, en lugar de abanicarme con ellos haría instalar la refrigeración, señor Lamb. Es más caro, pero menos cansado.

Lamont Lamb permaneció inmóvil. Eran dos sujetos altos y robustos, uno de ellos más alto que él, y, aparte de su aspecto en verdad poco tranquilizador, se dio cuenta de que ambos iban armados. Trajes muy bien cortados, pero no tanto que él no percibiese la leve curva de las fundas axilares.

—El señor Lamb se ha quedado mudo —dijo el otro.

—Esperemos que recupere el habla para contestar a nuestras preguntas —ambos se acercaron—. ¿Qué ha venido a decirle el perrito de Giles Robbins, señor Lamb?

—¿Quién? —musitó Lamont.

—Acaba de salir de aquí Josuah Martina, el perrito de Giles Robbins, y queremos…

—No conozco a nadie que se llame así.

—¿Niega que Martins le ha visitado?

—Sí. He tenido una visita, pero su nombre no era ése.

—Oh… Bueno, señor Lamb, no se preocupe. ¿Qué más da un nombre que otro? Dígame, ¿qué ha venido a proponerle el señor…, el señor…?

—Wheeler.

—Muy bien, pues Wheeler. Allá usted si es tonto…

—Yo creo —dijo el otro— que está idiotizado por ver tanto dinero junto. Permítame que le alivie su idiotez, señor Lamb.

Tranquilamente, y ante la completa pasividad de Lamb, le quitó el abanico de billetes, los colocó bien, y se guardó el fajo en un bolsillo. Lamb apretó los labios, y fijó la mirada en sus pajaritas de papel.

—Le he hecho una pregunta, señor Lamb.

Lamont lo miró. Sólo eso. El otro frunció el ceño. Luego, miró los pies del detective sobre la mesa. Y de pronto, los asió, los impulsó con fuerza hacia arriba, y Lamont Lamb salió disparado por encima de su sillón, para caer detrás, de bruces. Sacudió la cabeza, y apoyó bien las manos en el suelo, para comenzar a incorporarse… Un pie enorme cayó sobre su mano derecha, aplastándola, clavándola contra el suelo, de modo que no pudo insistir en sus propósitos. Casi al mismo tiempo, por el otro lado, recibía un puntapié en las costillas que lo dejó sin respiración, y cayó de nuevo de bruces.

—No sea imbécil —oyó farfullar a uno de sus visitantes—. Sólo tiene que damos una respuesta, y nos iremos. ¿Por qué complicar un asunto tan sencillo?

Lamont Lamb no contestó. En parte, porque no podía hablar, y en mucha mayor parte, porque no le daba la gana…

—Vamos, Lamb… No es usted más que una cucaracha que podemos aplastar sin la menor dificultad. ¿Es eso lo que quiere que hagamos?

—Me parece que sí es eso —dijo el otro.

Y recibió otro puntapié en el costado, que hizo crujir sus costillas. Sólo que esta vez, ya no se quedó quieto… Fue una tontería, desde luego, pero no se quedó quieto. Giró hacia su derecha, de modo que con el hombro golpeó en la espinilla del sujeto, con la fuerza suficiente para hacerle perder un poco el equilibrio, de modo que pudo retirar su mano.

Inmediatamente, se puso en pie de un salto, pero quedó petrificado al ver la pistola en las manos del sujeto, apuntándole al pecho. Justo entonces recibió el golpe en los riñones, y cayó de rodillas ante el de la pistola. Éste no disparó. Simplemente, adelantó

un paso, y le aplicó un punterazo en el estómago que pareció atravesarlo. Si Lamont hubiese desayunado aquella mañana, no le habría servido de nada. Como no lo había hecho, simplemente experimentó unas horrendas náuseas, todo se tornó negro y frío, y volvió a caer, encogido, sin conocimiento, desencajado el rostro.

No estuvo desvanecido más de un par de minutos, sin embargo. Parpadeó, vio el techo, y como la cabeza comenzó a darle vueltas, volvió a cerrar los ojos. Le silbaban los oídos, y se sentía como atrapado en un cepo que estrujaba todo su cuerpo.

—… Nada más encima. Esto es todo.

—Bien —oyó al otro—. Tenemos el recorte de periódico. La cosa no puede estar más clara: Martins ha venido a encargarle a Lamb que busque al puerco que se cargó a Delaware, y le ha dado algo a cuenta. Creo que debemos decírselo cuanto antes al señor Griffin.

—Desde luego. Bueno, ¿qué hacemos con éste?

—¡Bah! Es un desgraciado… Larguémonos.

—Espera un momento.

Lamont fue asido por la ropa, y puesto en pie. Abrió los ojos, y vio ante él a uno de los matones, sujetándolo.

—Escucha bien esto, cucaracha, olvida el asunto, o volveremos a relacionarnos contigo. ¿Lo entiendes, cucaracha? Pues tanto mejor para ti.

Dicho esto, le atizó un tremendo puñetazo al estómago, que dio de nuevo en tierra con Lamont Lamb, que estuvo a punto de perder de nuevo el conocimiento. Tardó más de un minuto en conseguir ponerse en pie, y entonces le pareció que sus piernas eran de goma de mascar, pero ya muy mascada. A trompicones, se acercó a la ventana, y se derrumbó sobre el alféizar, en busca de aire más fresco que el de su despacho privado.

Como entre nubes negras, todavía pudo ver a uno de sus dos visitantes, abajo, entrando en un coche, que se puso en marcha inmediatamente. Estirando mucho los párpados, Lamont consiguió aclararse la visión, y su mirada se clavó en la matrícula del coche, que se perdió de vista en pocos segundos.

Lamb permaneció derrumbado sobre el alféizar un par de minutos. Luego, con piernas un poco más firmes, regresó a su mesa, puso bien el sillón, se sentó, y del cajón central sacó papel y bolígrafo. Apuntó el número de la matrícula, se guardó el papel, y

fue al lavabo, cada vez con paso más firme. Se desnudó de cintura para arriba, y metió la cabeza bajo el grifo. Luego, chorreando agua, se miró al espejo. Le habían respetado el rostro, muy hábilmente, pero estaba pálido como la muerte, y sentía unos dolores atroces en la espalda, el costado, y sobre todo, el estómago, que parecía ir a romperse, como si fuese de papel mojado, a cada inspiración profunda.

—La madre que os bombeó a la superficie… —jadeó.

Se secó, se peinó, y regresó al despacho. Se dejó caer en un silla, y procedió a quitarse y volverse a poner los zapatos, operación que dio como resultado que en su mano quedaran dos billetes de cien dólares.

No era mucho para empezar una guerra, pero de momento podría comprarse todo un tubo de aspirinas.

CAPÍTULO II

La agente detective Norma Craydon entró en el Snoop *Snack*, en la calle Cuarenta y dos, mirando con interés hacia todos lados. Pero no tuvo que esforzarse para localizarlo, pues hacia el fondo del larguísimo mostrador. Lamont Lamb estaba con un brazo en alto, haciéndole señas. Norma sonrió, se acercó, y ocupó un taburete junto al detective sin licencia.

—Supongo que no has almorzado todavía —dijo Lamont.

—Hola —sonrió de nuevo ella—. ¿Cómo estás, Lamont?

—Oh, bien, sí —gruñó Lamb—. ¿Y tú?

—También Tomaré el mismo plato que tú. ¿Vas a invitarme?

—Pues sí —se permitió una décima de sonrisa Lamont Lamb—. Ya ves, soy un tío rumboso. De todos modos, aún te deberé unos cuantos almuerzos.

Norma Craydon tomó la lista de platos fríos, eligió, y pidió dos. Sabía que Lamont no era exigente. Luego, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando seriamente al detective.

—¿De verdad vas a pagar tú?

—Mujer, no te habría sacado del Departamento para que me invitases. Tengo la cara dura, pero no tanto.

—Más —sonrió Norma—. ¿Estás trabajando en algo?

—Mmm… Bueno, más o menos.

—Cuidado, Lamont. Sólo te faltan un par de meses, y si…

—¿Vas a ayudarme o no? —Gruñó Lamb.

—Depende. ¿A qué te dedicas?

—Vendo chupetes, si te parece —masculló Lamont—. ¿A qué demonios quieres que me dedique? ¡A lo mío!

—No cuentes conmigo, entonces. Por tu bien, se entiende. Lo que sí puedo hacer es conseguirte algún trabajo en otra cosa hasta

que…

Lamont colocó sobre el mostrador, con seco manotazo, un montón de periódicos, entre ambos. Norma los miró, uno a uno. Todos estaban abiertos y doblados por la página en la que se daba noticia del asesinato del periodista George Delaware. Luego, miró a Lamont, que la contemplaba fijamente.

—¿Y bien? —musitó.

—¿Quién lleva este caso?

—No lo sé.

—Vamos, Norma… Somos amigos, ¿no es así?

—Desde la infancia —sonrió ella—. Y hasta no hace mucho fuiste mi príncipe azul.

—¡Cómo! ¿Ya no?

—Los tiempos cambian —rió Norma Craydon—. Pero tú no. Me estás chantajeando con nuestra amistad para que te ayude… a meterte en un lío. Lamont, de verdad, no te metas en esto.

—¿Por qué? ¿Es algo especial?

—¿Especial? —se sorprendió Norma—. Claro que no. ¿O a ti te parece que sí es algo especial?

Se quedó mirándolo expectante, esperando adivinar algo por la expresión del rostro de Lamont, aunque sabía que eso era en verdad difícil. ¿Amigos? Eran casi hermanos. Ninguno de los dos recordaba nada importante que hubiese sucedido en su vida sin la presencia del otro, desde la infancia.

Como Lamont no contestase, Norma insistió, todavía más interesada:

—¿Es algo especial, Lamont?

Les pusieron delante el plato frío pedido. Lamont miró el pollo, y frunció el ceño. Detestaba el pollo.

—Podías haber pedido otra cosa —masculló.

—Lo siento; lo olvidé.

Lamont se metió en la bocaza medio huevo duro y dijo:

—De modo que ha surgido otro príncipe azul… ¿Quién es ése?

—Martin Barrows.

—¡Oh, no! ¡Por Dios, Norma… un policía!

—Teniente de detectives. ¿No lo apruebas?

—Digamos que te quiero demasiado para ser testigo de tu viudez.

—¿Pero te gusta Martin? Lamont, di que sí, por favor. Lamb hizo una cruz en el aire con la mano.

—Tienes mi bendición. Y ahora, escúchame atentamente. Dentro de dos meses y medio, me devolverán la licencia, y entonces, prácticamente, tendré que comenzar de nuevo…

—Yo tengo algo de…

—No. Guárdalo para tu viaje de luna de miel, mi pequeña Ricitos. Y avísame, para hacerte un buen regalo. Podré hacértelo si mi agencia vuelve a funcionar.

Y puedo conseguirlo con cierta facilidad, tal como se han puesto las cosas. Tengo en el aire, a punto de caer en mi mano, cinco mil dólares. Con ese dinero, podré reponer el material de la oficina, instalar de nuevo el teléfono, contratar una secretaria… En fin, ya sabes.

—¿Quién te va a dar cinco mil dólares?

—Los ganaré si descubro quién asesinó a George Delaware. Déjame terminar… No tengo que hacer más que eso: descubrirlo. Es un trabajo discretísimo, sin compromisos de ninguna clase. Ya me conoces; cuando quiero, soy el hombre más discreto del mundo. Bueno, ¿para qué cansarte? Necesito ese dinero, Norma.

—Lo comprendo. Pero, Lamont, yo no sé quién asesinó a ese periodista.

—Pero sabes quién lleva el caso, y quizá podrías enterarte de algo que me ayudase, para empezar al mismo nivel que la policía, porque resulta que el trato para ganar los cinco mil consiste en que tengo que identificar al asesino antes que la policía.

—¿Es una apuesta, quizá? —sonrió Norma.

—No lo sé. Bien, ¿qué contestas? Ella se quedó mirándolo fijamente.

—¿De verdad no sabes que el caso lo lleva Martin? —musitó.

—¿Lo lleva tu príncipe azul? Entonces, olvídalo. ¿Quieres cerveza?

—Claro que no. ¿Estás gastando dinero de un anticipo?

—Sí. Debería tener dos mil dólares, pero sólo tengo doscientos.

—¿Cómo es eso? ¿Ya te has gastado mil ochocientos?

—Ha sido una inversión. ¿Te parezco a ti una cucaracha? Norma se echó a reír.

—¡Desde luego que no! ¡Qué tontería!

—Hay personas que opinan que soy una cucaracha. ¿Qué clase de personas crees que pueden ser?

—Pues… Bueno, pueden ser personas muy importantes, que te menosprecien, o personas muy maleducadas. O ambas cosas, claro.

—¿Conoces a alguien llamado Griffin?

—No.

—Hay un montón en el listín. ¿Ya alguien llamado Josuah Martins?

—No.

—¿Giles Robbins?

—Robbins… Sí, me parece que sí. Creo que es un personaje importante en Nueva York, pero no logro situarlo exactamente. Sé que es millonario, que tiene negocios, contactos importantes en todas partes… Incluso en Washington. Podría ser la clase de persona que pensase que eres una cucaracha. ¿Te has metido con él?

Lamont apartó el plato, hizo una seña al camarero, y pidió el teléfono. Bajo la atenta mirada de Norma, marcó un número.

—¿…?

—Hola, Joey. ¿Cómo está eso?

—…

—Bueno. Sigue en ello.

—¡…!

—Que no, demonios, no te doy prisa. Sólo te digo que no lo olvides. Te volveré a llamar.

Colgó, devolvió el teléfono, y pidió otra cerveza. Norma preguntó:

—Supongo que ése es nuestro Joey.

—Sí.

—¿Le has dado un número de matrícula para que te busque un coche?

—Es evidente.

—¿Qué coche? ¿Qué matrícula?

—Vamos a hacer un trato, pequeña. Yo no voy a exigirte información, con el fin de no comprometer a tu príncipe azul, ni a ti por sonsacársela para mí, Pero no me pidas que tire por la ventana de la tontería, cinco mil dólares.

—Me parece ético.

—Bien. ¡Maldita sea mi estampa, odio el pollo! Tengo un poco de prisa. ¿Me perdonas?

—Puedo terminar de almorzar sola. Como de todos modos lo vas a saber, y puesto que tienes prisa, te ahorraré un poco de trabajo: la dirección exacta en Amityville es 298, Seaside Drive.

Lamont Lamb asintió, besó en ambas mejillas a Norma, y abandonó el Snoop *Snack*.

* * *

El taxi le dejó delante del ciento y pico de Seaside Drive, en Amityville, Long Island, y todavía refunfuñando por el importe de la carrera, Lamont remontó la numeración, caminando lentamente por la hermosa avenida frente al mar, bordeada de bellos jardines con extensas zonas de césped en la que destacaban las blancas casas de tejados rojos, pardos y grises.

Era una buena zona para vivir. Tranquila, silenciosa, con el mar delante, frondosos árboles, macizos de flores en los jardines… El 298 era una de aquellas casas.

Lamont se detuvo delante, y la examinó detenidamente, en especial los accesos a la casa que podían verse desde el jardín. Si alguien estaba dispuesto a entrar en la casa como fuese, no tendría grandes dificultades; bastaba abrir una ventana, o incluso la puerta principal. Sin complicaciones.

Estaba recorriendo el sendero de losas con césped entremedio, cuando oyó acercarse un coche. Volvió la cabeza, y vio el descapotable deportivo, lanzado por la avenida a una velocidad más bien inadecuada. El coche era azul, así que la larga cabellera rubia destacaba muy bien, como una pequeña bandera hecha de sol. Lamont se volvió del todo, y miró a la conductora. Una muchacha rubia, rabia, rubia, con unos grandes ojos que no le parecieron azules… ¡Zummm!, eso fue todo.

El deportivo se detuvo en el chalé vecino al de George Delaware, en un lado del jardín, frente a la puerta del garaje. El motor rugió fuertemente tres o cuatro veces, y luego paró. Del coche saltó una preciosidad en tamaño natural, vestida con un jersey muy compro, metedor y pantalones tejanos. Recogió unos paquetes, y desapareció en el interior de la casa. Vista y no vista, Fin del filme.

Lamont reanudó su lento caminar hacia la puerta de la morada

del asesinado periodista, pero sin dejar de mirar hacia la otra casa. Pudo ver cómo las persianas que protegían el ventanal frente al mar se abrían, y hasta le pareció ver la figura de la bella rubita por entre los blancos listones.

Apretó el timbre de la puerta.

Un hombre de unos cincuenta años, de aspecto simpático y cordial, abrió la puerta, y se quedó mirándolo un tanto indeciso, casi molesto.

—¿Señor Hubbard? —inquirió Lamont—. ¿Alex Hubbard?

—Sí, pero…

—No soy periodista.

—Ah. ¿Policía?

—Tampoco. Soy más bien un benefactor de los mayordomos o criados en general que se quedan sin trabajo Usted se ha quedado sin trabajo, ¿no es así?

—Sí. Pero no hay problema. Ya me han puesto en órbita en una agencia.

—Magnífico. Sin embargo. —Lamont sacó el fajo de billetes pequeños en que había cambiado los dos de cien—, unos cuantos dólares podrían servirle para salir adelante hasta que la agencia le encuentre un sitio. ¿Cuarenta? Pongamos cincuenta.

—Tenga la bondad de pasar, señor.

—Muy amable. —Lamont entró en la casa, y cuando Hubbard hubo cerrado la puerta, le deslizó los billetes en el bolsillo superior de la chaqueta—. La policía ya ha terminado aquí, ¿verdad?

—Que yo sepa, sí, señor. Ha sido una noche terrible. Me han cosido a precintas, he tenido que firmar una declaración… ¡Yo qué sé! ¿Usted quiere hacerme más preguntas?

—Procuraré no molestarle demasiado. ¿Puede decir, me dónde encontró usted el cadáver del señor Delaware?

—Todavía está la marca con tiza en el suelo, señor.

—Claro. Vamos a verla.

Entraron en el salón. Lamont se detuvo a dos pasos de la figura marcada con tiza en el suelo, estudiando la postura del cuerpo. Por el modo en que tenía los brazos, las manos cerca de la cabeza, se comprendía que había caído de bruces; no es fácil que un cadáver quede con las manos en esa posición, si queda boca arriba.

Paseó la mirada por el salón, lentamente. Por fin, se quedó

contemplando la mesita que había delante del sofá, en la que todavía estaban las dos copas de las que, por supuesto, la policía habría obtenido huellas digitales. Si es que las había habido. En un extremo de la mesita estaba el cubo, con una botella de champaña dentro.

—Parece que fue una mujer —susurró Lamont.

—Eso dijo la policía… ¿Cómo lo sabe usted, señor?

—Según parece, el señor Delaware recibió voluntariamente la visita. Tan voluntariamente, que debía tener preparado el champaña. Y generalmente, un hombre no invita a otro hombre a champaña. Más bien, *whisky*, o algo parecido. ¿Recibía visitas femeninas el señor Delaware?

—Sí, señor, ya lo creo. Con bastante frecuencia, una mujer venía a visitarlo. En esas ocasiones, el señor Delaware me enviaba siempre por ahí, con la noche libre, así que yo me pasaba la semana deseando que la dama viniera a casa.

—Comprendo. ¿La vio alguna vez?

—No señor, nunca Ni la vi, ni el señor Delaware mencionó su nombre, ni sé si era rubia o morena, alta o baja… Siempre venía de noche, cuando yo me había marchado ya.

—Bueno, algo salgo ganando con esto de que la policía ya le haya interrogado a usted, señor Hubbard; sabe cómo responder. ¿Venía la dama con mucha frecuencia?

—Generalmente, una o dos veces por semana. Pero en ocasiones, tres veces.

—¿Tres veces? ¿Cuántos años tenía exactamente el señor Delaware?

—Cincuenta y ocho.

—Caramba. Sea sincero conmigo, señor Hubbard: ¿nunca se quedó usted por aquí, espiando, para conocer a la dama en cuestión?

—No, señor.

—¿No sentía curiosidad?

—Lo paso mejor ocupándome de divertirme yo mismo que espiando cómo se divierten los demás.

Lamont se tocó la frente con un dedo.

—Eso es sentido común. Bien, quedamos en que el señor Delaware nunca le habló de la dama, y que usted nunca la vio.

—Exactamente, señor.

—Pero es extraño esto, ¿no cree? Una dama que viene con frecuencia a visitar a su amigo, y de pronto, una noche, lo mata de tres balazos en la espalda, después de, supongo que, como siempre, beber un par de copas de champaña.

—La verdad es que yo no sé qué pensar, señor.

—Yo sí. Anoche, la dama vino dispuesta a matar al señor Delaware. Por eso llevaba una pistola en el bolso. Luego, esos tres balazos en la espalda… Si sólo tuviese un balazo, o se hubiese roto la nuca al golpearse contra algo, podríamos pensar en un homicidio casual, en un accidente. Pero… Tres balazos en la espalda nos revelan una personalidad femenina muy peculiar y una firme y premeditada decisión de matar. ¿No oyó decir eso a la policía?

—Algo así, en efecto, señor.

Lamont asintió, y volvió a mirar alrededor.

—No se llevaron nada, al parecer.

—Oh, sí, señor… Se lo llevaron todo.

—¿Todo?

—La caja fuerte señor. La encontré abierta y completamente vacía. Está en el despacho. ¿Quiere verla?

Lamont ni siquiera se molestó en contestar. Fueron al despacho del periodista. Frente a la puerta estaba la mesa, y a la derecha de la puerta, la ventana, desde la que se podía ver la avenida y el mar. Sólo que las persianas estaban cerradas en aquel momento. En el despacho, como en el salón, todo estaba en orden, no había desperfectos, ni señales de violencia o búsqueda. Lamont se acercó a la caja, y se quedó mirando la llave, todavía en el agujero del cierre de acero…

¡Qué fácil y simple había sido todo! La dama llega, bebe champaña, mata a George Delaware, le quita la llave de la caja, y la abre. Y se lo lleva todo. ¿Para qué? ¿Por qué todo?

—¿Sabe usted si ayer tenía mucho dinero en la caja el señor Delaware?

—Ni idea, señor. Pero me consta que nunca tenía grandes cantidades. Precisamente no hace mucho, compramos un frigorífico nuevo, y cuando lo trajeron coincidió que el señor estaba en casa. Fui a pedirle el dinero, pero me hizo un talón.

—¿Cuál era el importe del frigorífico?

—Alrededor de trescientos dólares.

Lamont asintió, y volvió a quedar pensativo. Claro. El móvil del crimen no había sido el robo de dinero, sino el contenido de la caja fuerte. Todo el contenido. Es decir, que había habido en la misma algo que interesaba mucho a la dama visitante. Pero… ¿sólo había estado en la caja precisamente aquella noche? ¿Nunca antes? Eso podía significar que Delaware había encontrado algo hacía poco, y lo había guardado. ¿Algo que interesaba a la dama? ¿Que la comprometía, quizá?

La proposición de Wheeler, es decir, de Josuah Martins, tenía ahora sentido para Lamont Lamb: Wheeler quería que él encontrara a la dama para arrebatarle lo que ella había robado de la caja fuerte de George Delaware. Y naturalmente, eso sólo podría hacerlo si la encontraba antes que la policía.

—Aparte de esa dama nocturna…, ¿recibía más visitas el señor Delaware?

—¡Ruy…! ¡Ya lo creo, señor! Con mucha frecuencia la casa se llenaba de amigos, y esos días yo me volvía loco trabajando.

—¿Muchos? ¿Cien?

—No, no… Veinte, treinta a veces…

—¿Y qué hacían?

—¿Qué hacían? —se desconcertó Hubbard—. Pues charlaban, bebían, fumaban, a veces ponían música… Discutían de muchas cosas: de política, de finanzas, de periodismo, de música… De todo.

—¿Venían mujeres también?

—Oh, sí, claro… Damas muy distinguidas, señor.

—¿Distinguidas?

—Cualquiera de ellas podría haberme empleado a mí, señor.

—Entiendo. Entre los amigos del señor Delaware…, ¿había alguno que se llamase Wheeler?

—¿Wheeler…? No recuerdo ese nombre, no.

—¿Josuah Martins?

—No… No…

—¿Giles Robbins?

—¡Ah, sí, ése sí! Lo recuerdo perfectamente. Todo un caballero, desde luego. Y su esposa es encantadora.

—¿Más joven que él? —entornó los ojos Lamont.

—No… Bueno, sí, pero lo normal. Calculo que el señor Robbins

tiene unos sesenta años, y su esposa cinco o seis menos. Al decir que es encantadora, me refiero a su personalidad, a su clase.

—Ya. ¿Le suena el nombre de Griffin?

—¡Claro que sí! También venía con frecuencia a las pequeñas fiestas del señor Delaware. El señor Griffin es soltero… Todo un solterón… —Alex Hubbard sonrió—. Un picarón, señor. ¡Ése sí que sabe vivir!

—¿Cuál es el nombre de pila?

—Mmm…, Elmer. Sí, Elmer Griffin. Tiene más dinero que pesa, según he oído decir. La mayoría son gente de dinero.

—Lo cual encaja con el señor Delaware, según parece. No vivía nada mal. ¿Tenía algún cargo importante en algún periódico, o negocios privados, o participaciones en sociedades, fortuna propia…?

—Sobre eso no tengo ni idea, señor.

—¿Le preguntó también a la policía sobre los invitados… normales del señor Delaware?

—Sí. Tuve que redactar una lista.

—¿Sería tan amable de hacer otra para mí? Me gustaría ayudarle más durante su época de desempleo, señor Hubbard, pero en estos momentos me encuentro más o menos como usted.

—Bien… Le haré la lista, sí.

—Gracias.

Hubbard se sentó a la mesa, sacó papel y un rotulador, y comenzó a escribir. Lamont se acercó a la ventana, separó dos listones de la persiana, y miró hacia la playa. Estaba muy pensativo, pero pronto se dio cuenta de que había un bañista, hacia la izquierda. Se quedó mirándolo… Un bañista muy juguetón, que nadaba para aquí y para allá, daba saltitos para sumergirse… En uno de esos saltitos, vio perfectamente el espléndido cuerpo femenino cubierto con un bikini azul pálido, y la larga cabellera rubia, pegada a la cabeza y a la espalda ahora… Seguro que era ella.

—¿Quién es la jovencita que vive al lado? —preguntó.

—Debe referirse a *miss* Murr, supongo —le llegó desde la mesa la voz de Hubbard—. Diana Murr. Es una jovencita de lo más simpática y sociable.

—¿A qué se dedica?

—Pues no lo sé exactamente. Creo que es traductora, o algo así A veces, toca el piano.

—¿El piano? —Alzó las cejas Lamont, volviéndose—. ¿Tiene un piano en casa?

—Evidentemente, señor.

—¿Con quién vive?

—Sola. Siempre está sola.

—Entiendo. Además, no soy una persona maliciosa por hábito, señor Hubbard. De todos modos, es muy bonita… La vi pasar antes, con el coche. ¿Venía ella alguna vez aquí?

—Oh, sí, señor… Era una admiradora del talento periodístico del señor Delaware. Pero a veces venía enfadada, y discutía con él sus artículos. Al señor le resultaba muy simpática. Decía que era deliciosa e inteligente.

—Afortunado mortal. Cabe la posibilidad de que ella viese algo anoche… ¿La policía no se interesó por ello?

—No lo sé. De todos modos, la señorita Murr no estaba anoche en casa, cuando… cuando sucedió.

—¿Dónde estaba?

—No lo sé. ¿De verdad no es usted policía? ¿Ni periodista?

—De verdad. ¿Debo entender que la señorita Murr regresó a casa anoche más tarde de las doce?

—Debían ser las dos… Y vino aquí, naturalmente. Se llevó un disgusto enorme, pobrecilla. ¿Puedo terminar la lista, señor?

—Sí… Sí, por favor. Bueno, otra cosa más: cabe la posibilidad de que la señorita Murr, desde su casa, viese alguna vez a la dama que nos ocupa, ¿no le parece?

—Cabe. Pero dudo mucho que la señorita Murr sea de las que se dedican a fisgar.

—A veces, no hace falta «fisgar» para ver, señor Hubbard. Tenemos dos ojos, y si algo se pone delante de ellos, lo vemos. Es muy simple y normal, ¿no le parece?

—Pues sí…, sí.

Lamont se dedicó a contemplar de nuevo a la muchacha, que seguía retozando en el agua. Dichosa ella. Hacía calor, desde luego. Seguramente, había estado de compras, y se había acalorado. ¿Solución? Una muy agradable: llegar a la casa que uno tiene frente al mar y darse un buen baño.

Se volvió al oír las pisadas de Hubbard acercándose. El criado le tendió la nota, y Lamont la guardó, sin mirarla.

—Gracias, señor Hubbard.

—He estado pensando mientras escribía… Usted ha dicho antes eso de que si bebían champaña debía tratarse de una mujer… Sí, ahora comprendo que esa idea me ha estado dando vueltas en la cabeza desde que anoche la policía comentó la cuestión. Yo creo que tanto usted como la policía, están equivocados, eso es.

—¿Por qué?

—A veces bebían *whisky*, o cualquier otra cosa: vodka con naranja, un cuba libre, gin-tonic… Cosas así.

—¿Está seguro?

—Claro. Cuando yo regresaba, la dama se había marchado siempre. En ocasiones, el señor Delaware limpiaba los vasos, pero con más frecuencia lo dejaba todo en la cocina, y yo lo limpiaba al día siguiente.

—Veamos… Unas veces tomaban sólo champaña, y otras, en cambio, tomaban cualquier cosa menos champaña. ¿Es eso?

—Si… Sí, exactamente. ¿Cree que debo decírselo a la policía, señor?

—Decídalo usted mismo, señor Hubbard. Pero, por favor, no mencione mi visita. Se lo ruego.

—No lo hará. ¿Puedo decirle una cosa, señor?

—Sí, naturalmente.

—Usted es una persona… extraña.

—¿Extraña? —Frunció el ceño Lamont—. ¿Quizá le parezco una cucaracha, por ejemplo?

—¡No, señor! —Respingó Hubbard—. Santo cielo, no. Lo que sorprende de usted es que parece tan sosegado y tranquilo, tan sereno. No alza la voz, no da muestras de truculencia o desconfianza, no anda nervioso de un lado a otro mirándolo todo… La policía revolvió la casa de arriba a abajo.

—Ya. Es usted muy amable, señor Hubbard.

—Y usted también —sonrió el criado—, no me ha preguntado dónde estuve yo anoche, mientras asesinaban al señor Delaware.

—La policía ya lo hizo, ¿no es así?

—Oh, sí… ¡Vaya que sí!

—Pues, señor Hubbard, si usted los convenció a ellos, sin duda

me convencería también a mí. Gracias por todo.

CAPÍTULO III

Lo malo de caminar por la arena, era que ésta no sólo entraba en los zapatos por los lados, sino, en su caso, por los agujeros de las suelas. Lo cual era tan molesto que Lamont tomó la decisión aparentemente más razonable. Se quitó los zapatos. Con ellos en la mano, llegó donde estaba el albornoz de la muchacha. Allí, los dejó caer, vaciló, y acabó por sentarse en la arena.

Encendió un cigarrillo, y se quedó mirando a Diana Murr, que ahora estaba inmóvil, vuelta hacia él. Se dio un último chapuzón, emergió de modo que los cabellos quedaron hacía atrás, y nadó hacia la orilla.

Cuando Lamont la vio de cuerpo entero, cubierta solamente con el diminuto bikini azul pálido, llegó rápidamente a una conclusión: si Diana Murr era traductora de profesión, él era, verdaderamente, una cucaracha. ¿Qué trabajo podía estar desempeñando aquella preciosidad? Modelo, quizá. Bailarina. Actriz. ¿Azafata? Y desde luego, los ojos no eran azules. Eran de un color entre…, entre verde y violeta. Asombrosos. La boca era sonrosada, grande sin exageraciones, con el centro del labio superior muy llenito y un poco alzado. En suma: era una boca para recibir besos.

—Buenas tardes, señorita Murr.

La muchacha, que llegaba mirándole con gran atención, casi sonrió.

—Buenas tardes. ¿Es usted de la policía?

—No. Tampoco soy periodista. Soy un detective privado, sin licencia temporalmente, pero que, para no oxidarme, he decidido investigar por mi cuenta, sin molestar a nadie, lo sucedido al señor Delaware. Esto quiere decir que, si no lo desea, no tiene por qué soportarme. Mi nombre es Lamont Lamb.

Diana Murr estuvo unos segundos mirando con suma atención los oscuros ojos de Lamb. Luego, su mirada se deslizó hacia los zapatos de éste, que estaban junto a su albornoz. Diana desvió rápidamente la mirada de los zapatos, y precisamente eso hizo que Lamont los mirase. Estuvo a punto de soltar una maldición. Uno de los zapatos había quedado con la suela hacia arriba, de modo que se veía la circular ventana… Posiblemente, fue la primera vez en su vida que se sonrojó Lamont Lamb. Y por un instante, sí, señor, se sintió como una auténtica cucaracha, comparado con tan preciosa y encantadora muchacha.

Le dio la vuelta al zapato, y ella se sentó sobre el albornoz, tras tomar la toalla, con la que comenzó a secarse la cara, dedicando especial cuidado a las orejitas.

—¿Y qué quiere de mí, señor Lamb?

—Ante todo, la seguridad de que no la estoy molestando.

—El señor Delaware era un querido y simpático amigo, así que no me molesta usted. Al contrario, si en algo puedo ayudarlo a usted, o a la policía, estoy dispuesta a todo.

—Gracias. Bien, el caso es que… preferiría que la policía no supiese que me estoy entrometiendo en éste. Eso me perjudicaría, seguramente.

—Entiendo, Pregunte, por favor.

Lamont Lamb emitió una quinta parte de sonrisa.

Aquello sí que tenía gracia: era la primera persona que le pedía «por favor», que le hiciese preguntas. Bien mirado, casi merecía la sonrisa completa…, pero aún faltaban algunos días para el cuatro de julio. No. Santo cielo, no: ¡el cuatro de julio había pasado ya, y él no había sonreído…!

—¿Le cohíbe, quizá, que esté en bikini? —Le miró con curiosidad Diana Murr.

Lamont quedó estupefacto un instante. Luego, lanzó con retraso la sonrisa del cuatro de julio.

—No soy precisamente tímido —aseguró—, y, además, sé disfrutar de todo lo bello que se pone ante mis ojos.

—Muchas gracias —sonrió Diana—. ¡Es usted muy amable!

Lamont Lamb comenzó a sentir algo así como si dentro de su cuerpo hubiese diminutos volcanes que comenzasen a entrar en actividad. Sí, su sangre podía ser la lava, que comenzaba a hervir…

—Emmm… Bueno, no es que piense que usted es una fisgona, señorita Murr, pero.

—Sí —cortó ella—: vi a una mujer varias veces.

—Ah. Vaya, acaban de decirme que es usted inteligente, y me alegra comprobar que es cierto. En efecto, eso iba a preguntarle. ¿La vio muchas muchas veces?

—No sé, Veinte, treinta, cuarenta… No lo sé. Llegaba con el coche hasta el fondo del jardín, o sea, ante la puerta del garaje. Paraba el motor, apagaba todas las luces, y entraba en la casa.

—¿Entraba? ¿Quiere decir que abría con su propia llave?

—No, no. He querido decir que estaba ante mis ojos tan poco tiempo que jamás pude verla bien, así que no podría identificarla, ni para usted ni para la policía. Ella llegaba, el señor Delaware la oía y veía, naturalmente, y abría la puerta antes de que llamase.

—Sí, comprendo. ¿Al hombre no lo vio nunca?

Era delicioso el gesto de sorpresa de Diana Murr. Sorpresa auténtica, desde luego.

¡Qué criatura tan encantadora!

—¿Al hombre? —exclamó—. ¡Jamás vi que le visitase ningún hombre!

—¿Está segura?

—Naturalmente. Bueno, estamos hablando de un hombre solo, ¿no es así?

—Ah, sí, desde luego. Ya sé que el señor Delaware recibía con frecuencia un grupo de amigos. Pero no. Eso, por el momento, no me interesa. Yo hablo de un hombre solo, que llegaba cuando el señor Hubbard no estaba en la casa.

—No, no… Siempre era una mujer. A veces con un coche, a veces con otro, pero siempre una mujer. Supongo que no está usted insinuando que el señor Delaware era un homosexual.

—No tengo la menor base para tan siquiera insinuar eso, señorita Murr. Es sólo que me ha parecido que también podía haberlo visitado un hombre.

—¿Por qué piensa eso?

—En ocasiones, la persona invitada bebía champaña, y nada más. En ocasiones, *whisky*, vodka, ginebra. Podríamos pensar que en el primer caso, era una mujer. En el segundo, un hombre.

—¡Oh! Bueno, supongo que es usted un buen detective, señor

Lamb, pero yo nunca vi a un hombre, lo siento. Claro que no me paso las noches mirando por la ventana, como comprenderá. Si estaba en el porche o en el jardín, buscando inspiración, veía a la mujer. No podía evitarlo, eso es todo.

—Por supuesto. ¿Buscando inspiración? ¿Qué quiere decir?

—Escribo canciones.

—¿De veras? —Se pasmó Lamont—. Caramba, eso debe ser muy bonito, señorita Murr.

—Y a veces muy fatigoso.

—Supongo que sí. Ahora me explico lo del piano. ¿Sabe…? El simpático señor Hubbard me ha dicho que le parecía que usted era traductora, o algo así.

—También traduzco canciones extranjeras, las adapto. Y hago traducciones para una revista musical, y escribo artículos sobre música moderna.

—Vaya. ¿Y con eso mantiene una casa como ésta, su coche, un tren de vida agradable…?

—Así es.

—¿Qué le parece? Bueno, sólo puedo decirle que admiro a las personas que saben luchar y ser independientes, señorita Murr. ¿Y qué clase de canciones escribe usted?

—Oh, casi todas románticas. Quizá haya escuchado alguna por la radio de su coche, sin…

—Hace tiempo que no tengo coche. Por eso se me gastan más de la cuenta las suelas de los zapatos.

—Bueno, de todos modos es posible que sin darse cuenta haya escuchado alguna de mis canciones, en alguna radio, incluso en la televisión, íntimamente se emiten con bastante frecuencia: Lluvia de amor en el desierto, Camino de tu corazón, Cielo azul, mar azul, amor azul, Bailan las estrellas, El…

—¿Bailan las estrellas es de usted? —Respingó Lamont. Sí… Bailan las estrellas en el cielo, mi amor bailan, bailan, bailan, en mi corazón, bailan, bailan, siempre bailan, cuando tú estás conmigo, mi amor.

Lamont Lamb consiguió cerrar la boca, y se quedó mirando a Diana Murr como alelado.

—¿Le gusta? —sonrió ella.

—Pu… pues… Bien, no sé qué decir… Pero conozco a una

persona que le encanta.

—¿Su novia?

—No, no. Es una chica, sí… Casi mi hermana. La última vez que nos vimos…, no, la penúltima, no paraba de tararear esa canción. Claro que ella está enamorada.

—¿Usted no?

—Pues en estos momentos, no lo sé. ¿Alguna vez pudo ver usted la matrícula de uno de los coches que utilizaba la dama?

—Claro que no. El señor Delaware se cuidaba muy bien de dejar su jardín a oscuras. Y no iba a acercarme para eso, ¿verdad?

—No, por supuesto. Bueno, parece que no puede usted ayudarme gran cosa, señorita Murr.

—Lo siento de veras. Daría cualquier cosa porque encontrasen a esa mujer. En cuanto al hombre, no sé… Sería demasiada casualidad que viese tantas veces a la mujer y nunca al hombre, ¿no cree, señor Lamb?

—Sí, es cierto. Supongo que hay que admitir que a una mujer puede gustarle el champaña y también el *whisky*.

—A mí me gustan las dos cosas, por ejemplo.

—Claro. Es normal. Debe ser muy tarde. —Lamont hizo un gesto como para mirar su reloj de pulsera, pero bajó rápidamente el brazo —. ¿Qué hora debe ser?

—Cerca de las tres. Parece que las cosas no le van muy bien, señor Lamb.

—Empezaban a irme estupendamente, cuando pasó aquello. Pero, claro, montar una oficina a todo tren, y luego no poder trabajar durante casi diez meses, me ha fastidiado.

—Lógico. ¿Y por qué le retiraron la licencia?

Lamb se quedó mirando fijamente a Diana Murr. Se pasó la lengua por los labios, y murmuró algo. Ella alzó las cejas.

—¿Perdón? No le he entendido, señor Lamb.

—Digo, que le pegué una paliza a una mujer.

—¿Usted hizo eso? —Palideció la rubita.

—Sí. Desde luego, salí bien librado, porque tengo buenos amigos. Debería estar en la cárcel, ahora…

—¿Y por qué hizo usted eso?

—¿Me permitiría usted telefonear?

—Desde luego. ¿Quiere café?

—Si no es con pollo, sí…

Diana Murr quedó atónita. Luego, soltó una carcajada, y se puso en pie, sacudió el albornoz, y se lo puso sobre los hombros. Uno junto al otro se dirigieron hacia la casa: al llegar a la avenida, Lamont se sacudió los pies, y se puso los zapatos.

—Menos es nada —murmuró.

—El señor Hubbard nos está espiando —sonrió Diana—. Espero que no lleve su imaginación demasiado lejos.

—A juzgar por la opinión que tiene de usted, no creo.

Cruzaron la avenida, luego el jardín. Diana había dejado la puerta abierta.

—Está en el salón —dijo.

Entraron en el salón. Lo primero que se veía, inevitablemente, era el piano. Pero Lamont se fue directo al teléfono, que estaba en una mesita laqueada, con flores de vivos y bellísimos colores pintadas en la superficie. El modelo del aparato también era de época. Lamb dirigió una mirada alrededor, y tuvo dos sensaciones a la vez: una, de desconcierto, y la otra de súbito y profundo agrado.

—Marcó el número.

—Hola, Joey. ¿Tienes algo ya?

—¡…!

—Está bien, hombre, está bien, no te pongas nervioso. De momento, mientras sigues buscando, voy a dedicarme a hacer unas cuantas visitas. No sé el tiempo que me llevará eso, pero si mientras tanto localizas el coche, llámame a une de estos sitios… Un momento. —Lamo se volvió hacia Diana—. ¿Tiene usted a mano la guía de Nueva York?

La muchacha se la facilitó. Lamont se sentó en el sofá, colocó el listín sobre la mesita, y se dedicó a buscar, para asegurarse de que los hombres que le interesaban estaban en la guía.

Estaban.

—¿Joey?

—…

—Están en la guía: Giles Robbins y Elmer Griffin, por este orden. Luego, quizá me localices en la dirección de Josuah Martina. Por último, podría estar en mi oficina, pero tendrías que llamar al teléfono de la portería para que me avisasen…

—¿…?

—Vete al demonio. ¿Aún no te has enterado que tuve que dejar el apartamento? Vivo y duermo en la oficina. Mi nombre aún está en la guía, pero ya no tengo teléfono, así que llama a la portería. Sea la hora que fuere, en cuanto sepas eso, me llamas al sitio de turno. ¿Okay?

—…

—Gracias, Joey. Oye, pregunta por mí, pero nada más, ¿eh? No se te vaya a ocurrir hablar del coche.

—¡…!

—Cálmate. Recuerda que de niño te ponías enfermo cuando te disgustabas A propósito: ¿cómo están tus chicos?

—…

—¿Qué me dices? Bueno, le ha salido al padre. Menos mal que la pequeña Sally ha salido a la madre… ¿Joey? ¡Joey! —Lamont se quedó mirando al auricular, con el ceño fruncido, y luego miró a Diana—. Vaya, se ha enfadado. Espero que no le salga el sarpullido.

—¿Le sale sarpullido cuando se enfada? —rió Diana.

—No sé ahora, pero de niño era una pena. Y el pobrecito Joey júnior pilló ayer un berrinche, y le ha salido la herencia por todo el cuerpo.

—Supongo que está usted hablando en serio.

—Yo siempre hablo en serio, señorita Murr.

—¿Por qué?

Lamont tuvo un instante de pasmo, antes de mascullar.

—Pues no lo sé. Pero por lo general, tengo muy mala…

Oyeron los dos perfectamente el frenazo de un coche, delante mismo de la casa. Lamont se puso en pie, y fue a mirar por el ventanal. Enseguida retrocedió un paso, vivamente, Diana, junto a él, también vio al hombre que se había apeado del coche.

—Es el teniente… Barrows, creo que se llama. Anoche me hizo muchas preguntas.

—¿Dónde podría esconderme?

—¿Esconderse? —Respingó la muchacha.

Lamont iba a hablar, pero acabó moviendo negativamente la cabeza. Era inútil. Martin Barrows debía haber estado en la casa del periodista asesinado, y Hubbard le había dicho que estaba con Diana Murr. Total: que Norma le había dicho a su príncipe azul, que Lamont Lamb andaba metiendo las narices en un caso de

asesinato…

El timbre había sonado, y Diana estaba mirando expectante a Lamont.

—¿Abro? —musitó.

—Sí. Ya no importa, es inútil.

La muchacha fue a abrir. Segundos después, regresó con el apuesto teniente Barrows, de Homicidios. Sí señor; todo un auténtico príncipe azul para la querida… y chivata.

Norma. Martin Barrows era la clase de hombre con quien nadie podía enfadarse: cortés, amable, inteligente, comprensivo, con una carrera policial impresionante…

—Hombre, Lamont —exclamó jovialmente—. ¿Estás aquí?

—Ya ves —masculló Lamb.

—¡Qué casualidad! Venía a hacerle un par de preguntas a la señorita Murr… No sabía que fueseis amigos. Precisamente…

—Corta el rollo —gruñó Lamont—. No engañaríamos a la señorita Murr. ¿Te va bien llevarme a Nueva York?

—Claro, hombre.

—Y supongo que no molestarás a la señorita Murr.

Martin Barrows miró con súbita seriedad a Diana, pero sonrió amablemente de nuevo.

—Claro que no —murmura—. Lo único que tenemos que hacer todos es no mencionar que te estás complicando la vida. ¿Vamos?

—El señor Lamb iba a tomar café conmigo, teniente.

—En otra ocasión, señorita Murr —se disculpó Lamont—. Se lo agradezco, de todos modos. Gracias por todo… Y le prometo que me compraré unos cuantos discos suyos antes que unos zapatos. Adiós.

Ya en el coche, Lamont se volvió. Distinguió perfectamente la silueta de Diana tras las persianas, y, de pronto, se sintió de un «producto agriado de ubres de vaca» que daba espanto.

—¿Quieres que te diga adónde podéis iros Norma y tú? —graznó. Martín Barrows arrancó, y lo miró un instante, sonriendo.

—¿Quieres que te diga adónde vas a ir tú si insistes en seguir con este caso? —propuso.

—¿Adónde?

—Al calabozo. ¡Por mi madre que te meto dos meses y medio en un calabozo si no te quedas quieto en tu oficina, Lamont!

—Será mejor que lo hagas, porque si no, te vas a casar con una chica sin orejas. ¡Se las voy a arrancar a tirones en cuanto la vea! ¡Soplona!

—Tengamos la fiesta en paz. Norma me ha avisado, y me ha pedido que te quite de la circulación. Y quiero hacerlo. Escucha, Lamont, sólo te faltan dos meses y medio, maldita sea tu estampa… Y yo quiero vivir en paz, y casarme con una chica feliz.

—¿Y qué demonios tiene que ver eso conmigo?

—¡Hombre…! Esa tonta casi hermana tuya se me ha puesto a lloriquear suplicando por ti: que te quite de en medio, que te convenza, que te cuide… Si a ti te pasa algo, ella se muere, o poco menos. Y a ti te pasaría algo, y muy triste, si te quedases definitivamente sin licencia y tuvieses que dedicarte a otra cosa. Así que te lo advierto: ¡o te apartas de esto o te parto la cara y te encierro dos meses y medio! ¿Está claro?

—Vete al cuerno.

—A ver… ¿Qué coche es ese que estás buscando?

—¿Cuál coche?

—¿Te apuestas algo a que también meto entre rejas a tu amiguito Joey?

—¡La muy soplona…! ¡Te lo ha dicho todo!

—No, Lamont. Parece mentira que pienses eso de Norma, Lo único que me ha dicho es que parece que ese coche puede ser una pista para ti, y como te conoce bien, sabe que la seguirás. Y eso es lo que ella y yo queremos impedir. Por tu bien. ¿Lo admites?

Lamont vaciló, y por fin soltó un gruñido.

—Sí.

—De acuerdo. ¿Qué coche es ése?

—¿A qué hora murió exactamente George Delaware? —preguntó Lamb a su vez.

—Lo siento. No pienso facilitarte ninguna información.

—Pues yo tampoco.

—Está bien —suspiró Barrows—. Pero te lo advierto: si vuelvo a verte metiendo tus narices en esto, vas a parar a un calabozo.

—¿Con qué cargos?

—Indigencia, por ejemplo. Lamont Lamb soltó un resoplido.

—¿Te importaría dejarme en la Quinta Avenida? Algo más abajo de Central Park.

CAPÍTULO IV

Naturalmente, el muy millonario Giles Robbins vivía en una de las hermosas mansiones de la Quinta Avenida, y mientras la examinaba desde la calle, Lamont Lamb pensó que no parecía el sitio adecuado para un sujeto que llevaba los zapatos agujereados.

Luego, cruzó el jardín y llamó a la puerta. Acto seguido se arregló un poco la corbata, y se miró desde ésta a los pies. No tenía arreglo: se veía que el traje necesitaba relevo, lo mismo que la camisa, y hasta la corbata.

Por eso, no se sorprendió demasiado cuando el hombre que abrió la puerta lo miró de arriba a abajo. Era todo un mayordomo, de los que saben mirarlo a uno como sí fuese, realmente, una cucaracha.

—¿Diga, señor?

—Quisiera ver al señor Robbins.

—Me temo que no está, señor.

—Le esperaré.

—Ignoro cuándo regresará, señor.

—No tengo prisa.

—De todos modos, sería mejor que volviese usted en otro momento, señor.

Lamont se permitió mirar a su vez al mayordomo de arriba a abajo, como si fuese un objeto raro.

—A estas alturas —dijo— el señor Robbins sabe ya que mis zapatos están agujereados, y que por tanto, no me conviene caminar. De modo que si el salón de visitas está ocupado, le esperaré aquí.

—¿Aquí, señor? ¿Dónde?

—Aquí —dijo Lamont, sentándose en el escalón más cercano.

El mayordomo casi respingó. Miró hacia la ventana, luego de nuevo a Lamont. Carraspeó.

—Tenga la bondad de pasar, señor.

—Muchísimas gracias —se puso en pie el detective.

La casa era impresionante también por dentro, desde luego, pero Lamb no se inmutó. Sabía que jamás podría tener una casa como aquélla, pero tampoco necesitaba tanto El mayordomo lo llevó a un pequeño salón.

—Avisaré de su presencia al señor Robbins en cuanto regrese.

—Gracias. Mi nombre es Lamb.

El mayordomo cerró la puerta, dejando solo a Lamont Este miró alrededor, y frunció el ceño. Sólo aquel salón era ya más grande que el apartamento que había tenido él hasta el día del declive, pero, evidentemente, se utilizaba sólo para menudencias, como recibir al lechero, al fontanero…, y a los detectives.

Se sentó en un sillón, y encendió un cigarrillo. Pero, apenas habían transcurrido dos minutos cuando la puerta se abrió, y apareció una mujer. Una mujer joven, tan elegante y hermosa que Lamont estuvo a punto de atragantarse con el humo del cigarrillo. Se puso en pie rápidamente, sin dejar de examinar a la mujer. Debía tener cerca de treinta años, era pelirroja, con glandes ojos verdes, y, como suele decirse, se podían cometer locuras por ella.

—Señor Lamb, buenas tardes —sonrió la belleza—. Soy *Miss* Dorsey, la secretaria del señor Robbins.

—Encantado —murmuró Lamont.

Ella se acercó. Caminaba como una reina, o poco menos.

—El señor Robbins suele estar muy ocupado —dijo amablemente—. Así que quizá yo podría resolver su asunto. Pero, por favor, siéntese.

Lamont se quedó mirándola fijamente.

—Señorita Dorsey, es usted muy amable, pero yo sólo hablaré con el señor Robbins. Eso, aunque tenga que quedarme a vivir aquí una temporada.

Miss Dorsey demostró ser una chica inteligente. Después de contemplar con cierto detenimiento a Lamont, asintió con un gesto.

—Precisamente, el señor Robbins acaba de regresar. Voy a arriesgarme a llevarlo con él.

—Debe haber llegado pisándome los talones.

Ella sonrió, y se dirigió hacia la puerta. Cruzaron el vestíbulo, y la secretaria abrió otra puerta, apartándose. Un solo vistazo al interior de aquel despacho le bastó a Lamont para saber que allí no recibían al fontanero, y con el mismo vistazo, divisó al señor Robbins, sentado tras la imponente mesa. Al verlo, Robbins se puso en pie, sonriendo muy cortésmente.

—¿Señor Lamb?

—Sí.

Entró en el despacho, la secretaria lo hizo tras él, cerrando la puerta. Lamont miró a todos lados, mientras caminaba hacia la mesa. Giles Robbins no hizo el menor gesto para tenderle la mano, ni Lamont lo esperaba.

—Estoy verdaderamente ocupado —dijo el millonario—, pero tendré mucho gusto en solucionar su asunto, señor Lamb.

Una cucaracha. Sí, señor, lo estaba tratando como si fuese una cucaracha. Ni siquiera le pedía que se sentara.

—Seguramente —murmuró Lamont—, la señorita Dorsey debe tener trabajos que atender fuera de este despacho.

—La señorita Dorsey trabaja, precisamente, en este despacho.

—Bueno… Puedo esperar a que ella termine su Jornada.

Se quedó mirando a Robbins. Éste era un hombre alto, de magnifica presencia, interesantísimo, con sus sienes llenas de canas. Debía tener unos cincuenta y cinco años. Sus ojos pardos, grandes, inteligentes, estuvieron a su vez unos segundos fijos en los de Lamont Lamb. Por último, miró a su secretaria.

—Maureen, creo que mi esposa quería hablar con usted respecto a los pasajes para el viaje a París. Le agradecería que atendiese sus indicaciones.

—Por supuesto, señor Robbins. Ahora mismo.

Lamont tuvo el buen gusto de no volverse a mirar las piernas de la secretaria. Sólo volvió la cabeza cuando oyó cerrarse la puerta. En efecto, estaban solos.

—Tuve un contratiempo, señor Robbins —dijo apaciblemente Lamont—, y perdí el dinero que me adelantó el señor Wheeler. Agradecería otro pequeño anticipo, naturalmente, a descontar de los tres mil dólares restantes.

Giles Robbins frunció el ceño.

—¿Debo entender lo que me está diciendo, señor Lamb?

—Supongo que sí. ¿No conoce usted al señor Wheeler?

—No. No recuerdo a nadie llamado así.

—¿Y Josuah Martins?

—¿Josuah? Naturalmente. Sí, a Josuah lo conozco creo que bastante bien. Es uno de mis empleados.

—Ah. Bueno, alguien mencionó al señor Martins definiéndolo como «el perrito de Giles Robbins».

—Me parece una expresión de muy mal gusto —refunfuñó el millonario—. Josuah es uno de mis mejores empleados, pero no creo tratarlo, ni a él ni a nadie, como si fuese un… perrito.

—Es una expresión un tanto… hampona para definir a una persona que obedece ciegamente a otra, señor Robbins.

—El señor Martins trabaja para mí. Es lógico que me obedezca. Pero su nivel está muy por encima del de un perrito. Incluso me he expresado mal: no pueden hacerse comparaciones, señor Lamb. Pero, en fin, no vamos a extendemos sobre algo tan desagradable. Dígame en qué puedo ayudarle.

Algunas personas decían, ¿en qué puedo servirle? Pero no era éste el caso de Giles Robbins, ciertamente. El ayudaba, no servía.

—Ya se lo he dicho: necesito quinientos dólares más.

—¿A cambio de qué? ¿Debo entender que Josuah le contrató sin consultarme, para emplearlo en alguna de mis empresas?

—¿Usted no sabe que Josuah Martins me ha contratado esta mañana?

—No, señor.

—¿No sabe que soy detective privado, señor Robbins?

—Claro que no. ¿Detective privado? ¿Para qué ha contratado Josuah un detective privado?

Lamont se inclinó sobre la mesa, y escribió un número telefónico en un papel, que empujó hacia el millonario.

—Éste es el número que me facilitó el señor Martins. ¿Por qué no se lo pregunta usted mismo?

—Mire, señor Lamb, mi tiempo es…

—El mío también es oro. Estoy realizando una carrera contra la policía a favor de usted, señor Robbins. ¿No lo sabía?

—Usted está loco.

—¿No quiere llamar al señor Martins?

La expresión de Robbins no podía ser más irritada. Miró el

papel, lo tomó, y tras contemplar el número, lo marcó en uno de los dos teléfonos que tenía a su derecha.

—¿…?

—¿Josuah? Soy yo, Robbins. Tengo en mi despacho a un hombre que dice llamarse Lamb, detective privado. ¿Le conoce usted?

—…

—¿Nada? Bien. Gracias, Josuah. ¿Qué tal se encuentra?

—…

—Me alegro. No se preocupe por el trabajo, tómese los días que necesite. Tranquilo, ¿de acuerdo?

—¿…?

—No faltaba más… Adiós, Josuah.

Robbins colgó el auricular, y se quedó mirando a Lamont, que sonrió torcidamente y sólo a una escala vigésima.

—Parece que el señor Martins está en su domicilio, en lugar de estar trabajando —comentó.

—Hace un par de días que está indispuesto. Pero entiendo que no es nada serio. Bien, señor Lamb, como ha podido escuchar…

Lamont alzó una mano.

—Parece que he sufrido una equivocación. ¿Conoce usted al señor Elmer Griffin?

—Naturalmente. Es uno de mis mejores amigos.

—¿De veras? Vaya… ¿Usted no sabría, por casualidad, los nombres o direcciones de dos de los mejores amigos de él? Dos sujetos altos, uno de ellos incluso más que yo, ambos muy fuertes, bien vestidos, y que son expertos en patear a la gente.

—Señor Lamb: estoy intentando ser paciente con usted, pero no me gusta lo que dice. ¿Qué está tratando de insinuar?

—Que hay amigos que no son tan buenos como parecen, señor Robbins. Buenas tardes.

Salió del despacho, cerrando cuidadosamente la puerta. El mayordomo estaba esperando en el vestíbulo, inexpresivo. Por la escalinata que conducía al piso superior, bajaba Maureen Dorsey, que alzó las cejas al verle, Lamont se detuvo a esperarla.

—¿Solucionado el viaje a París? —preguntó.

—Pues no, porque la señora Robbins no está en casa.

—¡Ah! ¿Le paga bien el señor Robbins?

—¿A mí? ¿Por qué pregunta eso?

—Dentro de muy poco voy a necesitar una secretaria, y me gustaría que fuese como usted, señorita Dorsey.

—Muy amable —sonrió Maureen—. Pero ¿por qué yo, precisamente?

—Es que mi secretaria anterior también era pelirroja. Me gustan las pelirrojas. Pero, claro, además, tienen que ser buenas secretarias. ¿Lo es usted?

—No creo que el señor Robbins tenga queja ahora.

—Me gustaría comprobar sí es usted realmente eficiente, si está al corriente de los asuntos de su jefe, en fin, todo eso. Por ejemplo: ¿cuál es la causa de la rivalidad entre el señor Robbins y el señor Griffin? Si no sabe la respuesta, olvide el empleo que le he ofrecido.

—¿Dispone usted de treinta y cinco mil dólares anuales para destinarlos a una secretaria, señor Lamb?

—Santo cielo, ¡no!

—Entonces —sonrió *miss* Dorsey—, olvide que podría tener una secretaría pelirroja.

—¿Y si le ofreciese cuarenta mil al año?

—Se lo diría al señor Robbins, y él me subiría a cincuenta mil. ¿Es en firme su oferta?

—Es usted una buena secretaria, señorita Dorsey. Espero tener una como usted algún día. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor Lamb.

Así que el señor Lamb salió de la mansión de la Quinta Avenida todavía más confuso que había entrado. Lo de la secretaria había sido un poco ingenuo, pero no había perdido nada probando a ver sí *miss* Dorsey le hacía alguna pequeña confidencia. En cuanto al señor Robbins…, ¿mentía o no? Ciertamente, Wheeler, o sea, Josuah Martins, pues ahora estaba seguro de que eran la misma persona, era un empleado fiel de Giles Robbins. Pero ¿quería decir esto que le había contratado indirectamente, a instancias de su jefe? Se podía pensar que sí, ya que Robbins había sido amigo e invitado asiduo en la casa del asesinado George Delaware, y eso implicaba una relación entre ambos.

Pero también podría ser que Josuah Martins estuviese haciendo algo por su cuenta…, o por la de otra persona, por completo ajena a Giles Robbins. De lo único que podía estar casi seguro era de que

había algo que interesaba tanto a Elmer Griffin como a Giles Robbins. Algo que había estado en la caja fuerte del despacho de George Delaware. Y, si tanto Robbins como Griffin lo estaban buscando, era que no lo tenían, lógicamente. Por lo tanto, se les podía descartar como asesinos o contratistas de asesinos.

La dama asesina, era, pues, ajena a los dos millonarios.

¿La dama? ¿Por qué una mujer? Podía haber sido un hombre. Movió negativamente la cabeza. No. Lo cierto era que la noche anterior, en el salón de Delaware se había bebido champaña, y por lo tanto, le había visitado la mujer, no el hombre…, si es que existía ese hombre. A fin de cuentas, a una mujer le puede gustar el *whisky*, naturalmente. Ahí tenía el caso de Diana Murr: le gustaba el champaña, pero también el *whisky*. ¿Por qué no? Unas veces viene de gusto el champaña y otras el *whisky*, Así de sencillo.

¿Qué estaría haciendo Diana Murr? Seguramente, componiendo una canción. ¡Qué chica tan fantástica…!

Bueno, ¿a quién iba a ver ahora? ¿A Wheeler, para calentarle las orejas si no aclaraba el asunto? ¿O al millonario Elmer Griffin?

Decidió ir a ver a este último.

Por dos razones: Una: que quería conocerlo. Dos; que los dos tipos que le habían pateado, aparatosamente, trabajaban para él, ya que había dicho claramente «vamos a decírselo al señor Griffin».

Bueno, él también tenía algo que decirle al señor Griffin.

CAPÍTULO V

Elmer Griffin no vivía en una mansión, sino en un lujoso edificio de apartamentos, Esto tenía sentido, ya que era un solterón que, al parecer, sabía vivir. Como detalle que confirmaba esto, bastaba entrar en el vestíbulo del edificio, con mármoles y plantas por todos lados.

Y un portero imponente, al que Lamont tuvo tentaciones de partirle la cara, pues estaba harto de que lo mirase de arriba abajo. Decidió que sería más divertido hacerlo dentro de unos meses, cuando se presentase allí con un traje nuevo y el portero le recibiera amablemente. Entonces, para sorpresa de aquel gusano, ¡zas!, el elegante caballero le rompería la cara a conciencia…

—¿Diga, señor?

—¿Cuál es el apartamento del señor Griffin? —preguntó secamente Lamont.

—El señor Griffin no está en estos momentos.

—¿Y usted cómo lo sabe? —Gruñó Lamont. El hombre alzó la barbilla.

—Eso forma parte de mis obligaciones, señor.

—Ah. Bueno. —Lamont señaló hacia el rincón del amplio vestíbulo donde había algunos sillones—, le esperaré. Pero le diré una cosa: si resulta que el señor Griffin está en casa, y yo estoy haciendo el tonto esperando, usted y yo vamos a hacer deporte. Espero que le guste el boxeo.

El hombre palideció, y se mordió los labios. Lamont esperó unos segundos, hasta convencerse de que, o bien Griffin no estaba, o al portero no le iba a importar hacer deporte. Se fue al rincón, se sentó, y se quedó mirando las plantas.

¿Y por qué no un hombre? ¿Por qué no había podido ser un

hombre el asesino? Podía haber esperado a que la dama que visitaba asiduamente a Delaware se fuese, y entonces, con gran discreción, había entrado en la casa, o bien había llamado con toda naturalidad a la puerta, quizá con la intención de hacer creer a Delaware que era la dama, que había olvidado algo.

Se imaginó a una mujer disparándole tres tiros a la espalda a George Delaware. ¿Qué clase de mujer podía ser? Desde luego, no como Diana Murr, la compositora de canciones románticas. Además, no le gustaba la idea de la muchacha visitando algunas noches a Delaware, y luego inventando el cuento del coche que llegaba y que ella veía mientras buscaba inspiración. Bailan las estrellas en el cielo, mi amor, Bailan, bailan, bailan, en mi corazón… ¿Podía una chica que escribía una cosa así, matar por la espalda, fríamente, premeditadamente, a un hombre?

No.

Mil veces no.

Existía la dama de las visitas nocturnas. De eso estaba convencido Lamont Lamb. Lo que le tenía obsesionado, era el *whisky*, el vodka con naranja, la ginebra…

Por la expresión del portero, comprendió que Elmer Griffin acababa de entrar en el edificio. Miró hacia la puerta, y vio a la pareja. Un tipo de algo menos de sesenta años, bajo, grueso, un mucho calvo, con lentes, vestía todo lo bien que le permitía su casi esférica configuración. La chica era un bombón tremendo, Una morena de grandes ojos y cuerpo sensacional, con un escote veraniego que pasmaba.

Naturalmente, el portero trotaba ya hacía los recién llegados, y se apresuró a cuchichear su información, su versión sobre la presencia de aquella… cucaracha en el vestíbulo. Las miradas del gordo de los lentes y de la muchacha del escote tremendo fueron hacia Lamont, que permaneció impasible.

Por fin, el hombre gordo asintió, y, acompañado por la muchacha, se acercó, mirándolo especulativamente. Lamont comprendió que estaba ante una persona inteligente y aguda, de grandes dotes de observación.

—¿Me buscaba usted? —preguntó el gordo, Lamont se puso en pie.

—¿Señor Griffin?

—Sí, sí. ¿Qué desea?

—¿Hablamos aquí?

—¿Por qué no? —se sorprendió Griffin.

—Me llamo Lamont Lamb. Soy detective privado.

Lamont captó el gesto de perfecta sorpresa en el rostro de Elmer Griffin, el cual vaciló acto seguido, y por último señaló hacia los ascensores, comenzando a caminar hacia allí.

—Sería mejor a solas —dijo Lamont. Griffin le miró con cierta irritación.

—Señor Lamb, no hay nada en mi vida que un detective privado no pueda decir delante de mi secretaria. Por otra parte, en cuanto usted se marche, la señorita Burns y yo tenemos que resolver todavía varios asuntos del día.

—Puedo ir a tomar un café, señor Griffin —dijo la bella morena.

—Arriba hay café —gruñó Griffin, reanudando la marcha hacia los ascensores.

Lamont y la secretaria cambiaron una mirada, olla sonrió, él encogió los hombros, y se fueron en pos de Elmer Griffin. Un minuto después, entraban en el apartamento, respecto al cual, Lamont obtuvo la misma desoladora impresión que en la mansión de Giles Robbins: jamás podría tener uno igual. Y se convenció definitivamente cuando entraron en el salón. Quedó boquiabierto.

—¿Preparo café, señor Griffin? —ofreció la secretaria.

—Luego, Stella. Oigamos primero lo que tiene que decirnos el señor Lamb. ¿Y bien, señor Lamb?

Lamont acercó una mano a una pequeña estatuilla que había sobre un pedestal.

—¿Es de…?

—¡No toque eso! —Respingó Griffin—. ¡Me costó diez mil dólares!

El detective quedó con la mano tendida hacia la estatuilla, que representaba una mujer china con un paraguas de colores. Era una preciosidad, desde luego, pero…, ¿diez mil dólares? Entornó los ojos, mirando torvamente a Griffin. Luego, tomó la estatuilla, y frunció el ceño, Griffin había palidecido. La secretarla miraba a Lamont con los ojos muy abiertos. Casi tanto como el escote.

—Diez mil dólares musitó Lamb, examinando la figurilla. —¡Caramba, qué barbaridad! ¿Es china?

—Sí… Sí. Mire, señor Lamb…

—Señor Griffin, dos amigos de usted me deben mil ochocientos dólares…, por mencionar sólo dinero.

—¿Dos amigos míos? —Los ojos de Griffin no se apartaban de la figura china—. Bueno, no comprendo…

—Me refiero a los que vinieron a decirle que el señor Robbins no tenía el contenido de la caja fuerte de George Delaware. Dos sujetos altos y fuertes. ¿Tos re cuerda?

—No… No…

—Pero conoce al señor Robbins, ¿no es cierto?

—Claro. ¿Qué tiene que ver Giles con esto? ¿Le ha enviado él?

—Por supuesto que no. Es una iniciativa mía… Suelo tenerlas con frecuencia. Mire, señor Griffin, voy a exponer las cosas con la mayor claridad posible. Anoche, asesinaron al señor Delaware, y…

—Sí… ¡Pobre George!

—Eso es; pobre George… Bueno, el caso es que esta mañana, un tal señor Wheeler vino a verme, para que yo encontrase al asesino antes que la policía, y le avisase. Sólo eso. Pues bien: apenas se había marchado el señor Wheeler, entraron dos tipos de los que saben zurrar, y efectuaron un pequeño entrenamiento conmigo. Aparte de eso, se llevaron mil ochocientos dólares de mí propiedad. Son gente eficaz. Pero debieron creer que yo estaba sin sentido, porque hablaron de usted. Dijeron que iban a decirle a usted que el señor Robbins no tenía el contenido de la caja fuerte de Delaware. ¿Me sigue usted?

—Sí, pe… pero, no comprendo. ¿Quiénes son esos hombres?

—Ah, señor Griffin, si yo supiese eso posiblemente no estaría molestándole ahora. Mi pista es usted. Entendí que trabajaban por encargo suyo.

—¿Está usted loco? —chilló Griffin—. ¿Con quién cree que está hablando? ¡Y no necesito contratar matones para nada!

—Cálmese. Verá usted, resulta que el hombre que yo he mencionado como Wheeler, es Josuah Martins, un empleado del señor Robbins. ¿Conoce usted a Josuah Martins?

—Sí… Me parece que sí. Sí, sí.

—Bueno, el señor Martins vino a verme, y los dos matones llegaron en cuanto él hubo salido. Eso quiere decir que saben que el señor Martins hace trabajos… delicados y discretos para el señor

Robbins, así que le estaban vigilando. Quizá, creyendo que por medio de él llegarían al contenido de la caja fuerte de Delaware; contenido que parecían creer podía haber pasado a poder del señor Robbins, o al del señor Martins, en principio. Lo cual sería tanto como suponer que el señor Robbins había ordenado el asesinato del señor Delaware…

—¡Usted no sabe lo que dice!

—Quizá. Pero el hecho es que los dos matones creían algo así. Al ver a Josuah Martins entrando en el edificio donde tengo mi oficina, pensaron que ya tenían el gato por la cola. Y entonces, ¡sorpresa! Martins acudía a un detective privado llamado Lamb. ¿Para qué? Decidieron preguntármelo a mí. Y la conclusión que obtuvieron fue que el señor Martins, y por tanto el señor Robbins, no tenían el contenido de la caja fuerte de George Delaware. Eso pareció alegrarlos y decidieron comunicárselo a usted.

—¡A mí nadie me ha com…!

—De todo eso —cortó Lamont—, yo desprendo lo siguiente: usted y el señor Robbins quieren algo que George Delaware tenía en su caja fuerte. El señor Robbins lo está buscando por medio de Josuah Martins, quien a su vez me ha contratado a mí, pues no debe disponer de personal, adecuado para un trabajo tan delicado. Usted, contrató a dos matones. En definitiva, ni usted ni el señor Robbins han tenido nada que ver con el asesinato del señor Delaware, pero sí andan buscando al asesino, para arrebatarle lo que se llevó del despacho de Delaware. Algo que tiene que ser importante para ustedes, y que los pene en franca rivalidad…, aunque ustedes sean tan elegantes de saber convivir. Son gente educada, naturalmente. Pero quizá no tan listos como creen. Señor Griffin: ¿por qué no rae dice a mí lo que están buscando usted y el señor Robbins, y entonces quizá estaré en disposición de conseguirlo, tras lo cual es posible que ustedes dos lleguen a un acuerdo amistoso?

—¡No tengo nada que decirle a usted! ¡Ni sé de qué me está hablando!

—De acuerdo. ¿Tampoco conoce a los dos matones, ni puede decirme dónde encontrarlos?

—¡Claro que no!

—Bueno. —Lamont frunció el ceño—, no tengo inconveniente en seguir investigando con mis propios medios todo este asunto,

pero, si no encuentro pronto a los dos matones, voy a estar de nuevo en dificultades económicas, señor Griffin. Para mí, mil ochoc…

Sonó el teléfono, y Lamont enmudeció. La secretaria miró a Griffin, que asintió.

—Conteste, por favor, señorita Burns. Señor Lamb, ¿sería tan amable de dejar esa porcelana en su sitio? Me… me está poniendo nervioso.

—Le comprendo a usted: son diez mil dólares. Y además, no todo se paga con dinero, ¿verdad? Apuesto a que si le robasen esta figurita no le sería fácil encontrar otra igual.

—No… Desde luego que no.

—Lo mismo ocurre con mis mil ochocientos dólares, señor Griffin.

—Mire, señor Lamb…

—Señor Lamb —sonó la voz de *miss* Burns—: es para usted.

Lamont se irguió vivamente. ¡Por fin! En cuanto viese a Joey le iba a dar un abrazo, y le pediría perdón por recordarle lo del sarpullido…

—¡Dime, Joey!

—…

Lamb quedó estupefacto un instante.

—Señorita Murr… —susurró—. ¿Cómo me ha localizado?

—…

—Ah… Sí, claro. Caramba, es usted toda una espía. ¿Qué se le ofrece?

—…

—¿De veras? ¡Magnífico! ¿Qué…?

—¿…?

—Pues sí. No tengo inconveniente, desde luego. La espero a usted allí. ¿Cuánto calcula que tardará en llegar?

—…

—De acuerdo. Sí, sí, la estaré esperando. Y muchas gracias. Hasta luego.

Colgó, y quedó pensativo. Luego, de pronto, pareció recordar que tenía la figura de porcelana en una mano, y la miró con curiosidad. Se volvió por fin hacia Griffin.

—¿De qué estábamos hablando? —se interesó.

—Yo estaba a punto de…, de compensarle por la pérdida de su dinero, señor Lamb. Si me permite…

—Teme usted por la integridad de esta figura, ¿no es eso?

—Sí… Francamente, sí.

—Señor Griffin, ¿envió usted dos matones a seguir a Josuah Martins y todo eso?

—No.

—Entonces, ¿por qué ellos le mencionaron a usted creyendo que yo no les oía?

—No lo sé. ¡No tengo ni idea! Yo no…

—Quizá sí sabían que usted les estaba oyendo, señor Lamb —intervino la secretaria—, y quisieron ponerlo iras la pista del señor Griffin para perjudicarle. O para despistarle a usted.

—¡Eso debió ser! —exclamó Griffin, entusiasmado—. ¡Claro que tuvo que ser eso! Lamont comenzó a pairar a uno y a otro, y acabó moviendo afirmativamente la cabeza.

—Podría ser —asintió—. Tampoco el señor Robbins admite haber dado encargo alguno a Josuah Martins en el sentido de contratarme. Sí, podría ser… Vaya, señorita Burn, es usted una chica inteligente, además de bonita.

—Muchas gracias —sonrió Stella Burns.

—Me parece que ya sé cuál es la rivalidad entre su jefe y el señor Robbins: ambos compiten por tener la más linda secretaria del mundo.

—¿Y cuál de los dos gana? —rió Stella Burns, la tremenda morena.

—Usted, naturalmente.

—Es muy gentil, señor Lamb, a pesar de que yo no soy pelirroja.

—Las pelirrojas sólo me gustan para secretarias. En cambio, con las morenas y las rubias me siento más atrevido. Por lo tanto, si en alguna ocasión…

—Señor Lamb —suplicó Griffin—: la estatuilla…

Lamont miró la porcelana, asintió, y la dejó sobre su pedestal, para alivio de Griffin, que sacó su billetera, y de ella unos cuantos billetes.

—¿Me va a pagar mis mil ochocientos dólares, señor Griffin?

—Bueno… Yo no he tenido nada que ver con todo eso, pero una persona tan razonable como usted merece…

—Guárdese su dinero. No soy ni un mendigo ni un atracador. Y usted, señor Griffin, no forma parte de mis amistades, así que no tengo por qué darle un sablazo. Ahora bien, si usted me ha mentido, volveré por aquí… para pasarle la factura. Buenas tardes. Adiós, señorita Burns.

Minuto y medio más tarde, cruzaba el vestíbulo hacia la calle. Se dio cuenta de que el portero le miraba, pero no le hizo el menor caso. Iba pensando en Diana Murr. Una chica inteligente, desde luego… Y muy atenta a todo: había escuchado las instrucciones que él le había dado a Joey sobre el modo de localizarlo, y las había utilizado para llamarle al apartamento de Elmer Griffin, y proponerle que se encontrasen en su oficina, para decirle algo muy importante.

Muy importante. ¿Qué podía ser?

Salió a la calle, vaciló, y acabó por llamar un taxi. Pero no para que le llevase a su oficina, sino a la dirección donde vivía Wheeler, es decir, Josuah Martins. Diana Murr tardaría todavía en llegar a su oficina, desde Long Island. Tenía tiempo. Tiempo para obligar a Wheeler a ser muy explícito respecto a quién le había indicado que le contratase a él para localizar al asesino.

Pero no pudo ser.

En esta ocasión, el edificio estaba dentro de las posibilidades de Lamont para residir en uno de los apartamentos…, cuando recuperase su licencia, desde luego. Además, el portero era un hombre menos estirado. No sólo no lo miró como si fuese una cucaracha, sino que incluso fue amable.

—Lo siento —sonrió—, pero el señor Martins no está.

—Hoy nadie está cuando yo llego de visita. Supongo que me está diciendo lo que le ha ordenado el señor Martins que diga.

—No, señor —frunció el ceño el hombre—. Sencillamente, el señor Martins no está. Se fue hace un buen rato. Y creo que tardará en volver, porque llevaba dos maletas.

Lamont entornó los ojos.

—¿Se ha ido de viaje?

—No creo que haya hecho las maletas para ir a tomar un trago al bar de la esquina.

—¿No le ha dicho nada a usted? Quiero decir, adónde iba, o si tardaría en regresar…

—No, señor Salió muy deprisa. Le vi tomar un taxi, y eso es todo.

—¿Hace esto con frecuencia el señor Martins?

—Nunca lo había hecho hasta ahora.

Lamb se pasó una mano por la boca, pensativo. ¿Qué podía pensar, sino que Giles Robbins había ordenado a su «perrito» que desapareciese? ¿O no había sido Robbins quien le había dado tal orden?

Señaló el teléfono que había sobre el mostrador del vestíbulo.

—¿Me permite telefonear?

—Desde luego.

Tardó doce segundos en estar en contacto con Joey.

—Joe, soy yo. ¿Cómo va eso?

—¡…!

—¿Estás a punto de conseguirlo? ¡Bien! Estaré en… ¿Qué?

—¡…!

Lamont Lamb palideció intensamente. Durante unos segundos quedó inmóvil, tan lívido que el portero se inquietó.

—¿…?

—Sí —susurró—. Sí, estoy aquí, Joey. ¿Sabes adónde lo han llevado?

—…

—Está bien. Voy para allá.

Colgó, y se quedó como alucinado. Por fin, parpadeó, miró al portero, le dio las gracias, y salió a la calle, en busca de un taxi.

En aquellos momentos, ni se acordaba de la existencia de Diana Murr.

CAPÍTULO VI

El quirófano estaba en el tercer piso. En la sala de espera situada delante del antequirófano había dos policías de uniforme; el capitán del Police Department, Clinton Mower; y el teniente detective Joseph Nivens.

Y también estaba Norma Craydon, que al ver aparecer a su «casi hermano» corrió hacia él, y se le abrazó, sollozando.

—¡Lo han matado! —se desesperó—. ¡Lamont, lo han matado, lo han matado…!

Lamb no supo qué decir. De nuevo estaba pálido, y sentía un nudo en la garganta. Abrazó a Norma, acariciándole la cabeza, pero no fue capaz de encontrar una sola palabra de consuelo. Miró a Nivens y a Mower, que le contemplaban como distraídos, con una mueca de preocupación en sus enérgicos rostros. Norma estaba ahora llorando mansamente, sin histerismos. Lamont la llevó hacia los asientos, manteniéndola abrazada por los hombros. Al pasar frente al capitán Mower le miró interrogante. Mower se mordió los labios y movió negativamente la cabeza.

Lamont se sentó junto a Norma, y le tomó una mano.

—Debes serenarte, Ricitos. Ni tú ni yo podemos hacer nada ahí dentro —movió la cabeza hacia el quirófano—, pero quizá sí podemos hacer algo afuera. ¿Qué pasó?

—Le dispararon desde un coche —gimió la muchacha—. ¡Eso es todo lo que sabemos, Lamont!

—¿Qué coche?

—Nadie se fijó… Apareció de pronto, dispararon contra Martin, y se dieron a la fuga.

—¿Está muy mal?

—Tiene tres balas en el cuerpo —dijo Mower, dando un par de

pasos hacia ellos—, una de ellas muy cerca del corazón, otra en el estómago, y otra hacia el costado derecho. Los médicos han dicho que si se salva creerán en los milagros para siempre.

Lamont asintió. Saco un pañuelo, y limpió las lágrimas que empapaban el rostro de Norma. Luego, encendió dos cigarrillos y puso uno en los labios de la muchacha.

—Hay gente que cree en los milagros —musitó—. ¿Por qué no hemos de creer nosotros, pequeña?

Norma no contestó. Nadie dijo nada. Lamont se dedicó a fumar, durante un par de minutos, en silencio. ¿Qué podía decirle a Norma? El hombre que amaba el simpático e inteligente Martin Barrows, estaba allí, en el quirófano, entre la vida y la muerte, y, al parecer, más decantado hacia la segunda que hacia la primera. Adiós, príncipe azul… Adiós al hombre que iba a hacer feliz a Ricitos.

¿Había sido por algo relacionado con el caso del asesinato de George Delaware? ¿O una venganza de cualquier canalla al que Martin Barrows hubiese metido en cintura tiempo atrás? ¿Y qué iba a pasar ahora…?

Alzó la cabeza hacia Mower.

—¿Quién llevará ahora el caso Delaware? —musitó. Clinton Mower señaló al teniente Joseph Nivens.

—Se ha ofrecido voluntario, en cuanto lo hemos sabido. ¿Usted sabe algo de todo esto, Lamb?

—No, señor, nada —apretó una mano de Norma—. Sólo sé que Barrows estaba en ese caso. Como no ignora usted, hasta dentro de dos meses y medio no puedo complicarme la vida.

Mower se limitó a mirarlo fijamente. El teniente Nivens deslizó:

—Si sabe algo, Lamb, nosotros no íbamos a molestarnos porque nos lo dijese… ¿Comprende?

Mower seguía mirándolo fijamente, y Lamont sabía que el capitán de Homicidios, viejo conocido, era un sujeto difícil de engañar, pero se mantuvo en su postura.

—Si supiese algo, Nivens, se lo diría. De todos modos, el equipo de Barrows le pondrá a usted al corriente en seguida… ¿Creen que es algo relacionado con el caso Delaware?

—¿Cómo demonios podemos saber eso? —refunfuñó Nivens.

Lamont asintió, tiró el cigarrillo a un gran cenicero de columna,

y quedó de nuevo pensativo. Norma había interpretado su apretón de manos, y guardaba silencio. Si no decía lo del coche cuya matrícula estaba utilizando a Joey para localizarlo, era porque sabía que Lamont haría lo mejor. Sí había que decirlo, él lo diría. Si él no lo decía, ella tampoco, Al fin y al cabo, Norma conocía a Nivens y a Mower hacía un año o dos, quizá tres. A él, a Lamont Lamb, de toda la vida.

¿Por qué habían disparado contra Martin Barrows? Si era por algo relacionado con el caso Delaware, no podía ser más absurdo, ya que, muerto un policía, se ponía otro en el caso. Y si no, allá estaba la prueba: Joseph Nivens se había ofrecido voluntario inmediatamente, y sólo hacía falta una orden de Mower para que el caso Delaware continuase siendo investigado, con pericia no inferior a la que hubiese podido desplegar Martin Barrows.

Entonces…, ¿había sido por otra cosa? ¿Una venganza?

Era ya casi de noche cuando, de pronto, apareció Diana Murr en el amplio pasillo del hospital, y, a distancia, se quedó mirando a Lamont, el cual la contempló a su vez, estupefacto. La había olvidado por completo. Lo primero que pensó al verla fue la facilidad con que aquella muchacha le localizaba. Luego, se puso en pie, y le hizo una seña.

Diana Murr se unió al grupo que esperaba. Miró a Norma, pareció a punto de decir algo, pero desistió.

—Señorita Murr… ¿Cómo me ha encontrado esta vez?

—Llamé a su amigo Joey. Como se retrasaba tanto…

—Sí, claro.

—Le dije al señor Joey que iba a venir aquí, y me dio un recado para usted.

Era discretísima. Lamont la tomó de un brazo, y la apartó del grupo.

—¿Qué recado? —susurró.

—Lo apunté en un papel, por temor a olvidar el nombre y la dirección —sacó un papel doblado de su bolso, y lo tendió a Lamont —. Dijo que si yo se lo traía le parecía más discreto que llamarle por teléfono aquí.

—Sí, Gracias.

Lamont desdobló el papel, y lo miró, inexpresivo. Se lo guardó en un bolsillo, mirando de reojo hacia el grupo, que, naturalmente,

estaba pendiente de él.

—¿Tiene usted coche, señorita Murr? Quiero decir: ¿lo tiene aquí, en el hospital?

—Sí.

—¿Le molestaría llevarme a esta dirección?

—Lo haré con glasto Respecto a lo que tengo que decirle sobre…

—Hablaremos en el coche. Perdóneme un momento. Regresó junto a Norma, y se sentó a su lado.

—Tengo algo que atender —musitó—. Iré llamando para saber cómo está Martin. Supongo que estarás aquí.

—Sí.

—¿Qué ocurre, Lamb? —se interesó el teniente Nivens.

—Tengo que resolver urgentemente un importante asunto personal —dijo Lamont, poniéndose en pie—. Volveré en cuanto me sea posible.

—Espero que sepa usted lo que hace —desliad Mower.

—Sí, señor; lo sé muy bien.

Se reunió con Diana Murr, la tomó del brazo, y se alejaron hacia las escaleras. Dos minutos después, estaban en el coche de ella, que se encargó de conducir. Muy bien, Joey había encontrado finalmente al propietario del coche… Es decir, había encontrado el nombre del último propietario, y la última dirección de éste. Pero había toda una serle de alternativas que podían decepcionar a Lamb. Una de ellas, que el tipo en cuestión, el tal Cory ya no viviese allí. La otra, que posteriormente el coche hubiese cambiado de dueño, de modo que ninguno de los dos matones se llamase Cory. La otra, que fuese un coche robado… Al demonio.

Miró a Diana Murr, de pronto. Las luces de colores de los anuncios iban proporcionando diferentes tonalidades al dulce rostro de la muchacha.

—¿Qué cosa tan importante es ésa? —inquirió Lamont.

—Estuve pensando después que usted se fue. Me refiero a lo del *whisky* y el champaña, y que quizá también un hombre visitaba al señor Delaware.

—Sí, sí. ¿Qué hay con ello?

—Bueno. Yo creo que no existe tal hombre, señor Lamb. Existen dos mujeres.

—¿Cómo dice? —exclamó Lamont.

—Siempre noté algo raro en esas visitas nocturnas que recibía George Delaware. ¿Recuerda que le dije que a veces la mujer utilizaba un coche y a veces otro? Pues bien; pensando en esto, y en lo que usted dijo que quizá le visitaban una mujer y un hombre, me di cuenta, de pronto, de lo que me tenía extrañada: eran dos mujeres. Yo las veía de lejos y a oscuras, pero… había algo diferente entre unas visitas y otras… Yo notaba algo raro. Quizá fuese el modo de caminar, de frenar el coche, de apagar las luces… Sabía que había algo diferente entre unas veces y otras. Ahora sé lo que es, estoy segura: eran dos mujeres. Dos.

Lamont permaneció pensativo unos segundos. ¿Dos mujeres? ¿Y una de ellas tomaba champaña y la otra *whisky*?

—¿Y no podría ser —musitó— que fuesen un hombre y una mujer? ¿O dos hombres?

—Oh, eran mujeres…

—¿No podrían ser dos hombres vestidos como mujeres?

—Pues…

—¿Conoce usted a Giles Robbins y a Elmer Griffin?

—Sí, claro. He conversado muchas veces con ellos, en casa del señor Delaware.

—¿No podrían haber sido ellos? Piénselo bien, señorita Murr. ¿No podrían haber sido Robbins y Griffin, convenientemente disfrazados de mujeres, quienes se fueran turnando en esas visitas nocturnas a George Delaware? Usted misma me dijo que todas las luces del jardín estaban apagadas… ¿Podría jurar que eran mujeres?

—El modo de caminar era de mujer…

—¿Quiere usted decir que ningún hombre puede imitar por unos cuantos pasos el modo de caminar de una mujer?

—Bueno… Sí, pero… No sé. Para mí eran mujeres, señor Lamb.

—¿Pero podrían haber sido hombres?

—Pues… Bueno, supongo que sí… Está bien.

Ya no se habló más del asunto. No se habló de nada más. Poco después, Lamont tocó en un brazo a Diana.

—No llegue hasta el número de esa calle. Deténgase en la esquina anterior, y espéreme allí. Si quince minutos después de separarnos no he regresado al coche, vuelva al hospital, y entréguele este papel al capitán Mower o al teniente Nivens. Son los dos hombres de paisano que estaban conmigo No haga otra cosa, no

haga nada diferente, señorita Murr. ¿Cuento con ello?

—Sí.

—Gracias. ¿Todavía sigue en pie su invitación a tomar café?

—Desde luego.

—De acuerdo. Por cierto, tendrá que perdonarme pero todavía no he comprado ninguno de sus discos.

—Tengo varios en casa. Me gustaría regalárselos.

Lamont la miró amablemente.

—Eso iría bien a mi economía, pero no a la suya. De todos modos, gracias. Creo que estamos llegando… Sí. Mire, ahí hay un hueco. Meta el coche ahí, y no olvide lo que le he dicho.

Diana Murr asintió. Estacionó el coche, y paró el motor. Se volvió hacia Lamont, pero éste ya estaba saliendo del coche. Cerró la portezuela, y se alejó pausadamente, mirando a todos lados…

Encontró el coche del tal Cory estacionado en el otro lado de la manzana, y se quedó mirándolo, inexpresivo el gesto. Luego, terminó de dar la vuelta a la manzana, llegó al portal cuya dirección le había facilitado Joey, y entró.

El nombre de Cory estaba en uno de los buzones para la correspondencia: John Cory, apartamento tres letra C. Emprendió la ascensión al tercer piso como si fuese la cosa menos importante del mundo, despacio, sosegado. Poco después, se detenía ante la puerta señalada con la inscripción
3 C,
y llamaba con los nudillos. La expresión de Lamb no podía ser más impávida, la puerta se abrió a los pocos segundos, y apareció el rostro de Cory. Naturalmente, uno de los dos matones que le habían zurrado por la mañana; no había fallo alguno, John Cory tenía en la cara un gesto expectante, interrogante, alzadas las cejas… Al ver a Lamont soltó un respingo, y el principio de su gesto con la mano derecha hacía el sobaco izquierdo fue inconfundible. Pero no pudo terminar el gesto.

Lamont asió la muñeca derecha de Cory con su mano izquierda, al mismo tiempo que daba un paso hacia dentro del apartamento y disparaba su puño derecho, por bajo, acertando a Cory en el vientre. Fue un golpe sordo, como acolchado. El rostro de Cory se desencajó, los ojos se desorbitaron; pero todavía tenía fuerzas para dar un tirón, intentando soltar su mano derecha de aquella tenaza

de acero que le estaba triturando el hueso… De nuevo entró en funciones el puño derecho de Lamont. Y esta vez, el golpe no sonó como acolchado: acertó a Cory en plena nariz, reventándosela como si fuese un tomate, haciendo crujir el hueso y toda la cabeza de Cory, que habría saltado de espaldas si no hubiese estado sujeto por Lamont.

Éste tiró de la muñeca del matón hacia sí, haciéndole caer de rodillas ante él. Y con su rodilla derecha descargó otro golpe, de nuevo en la nariz de Cory, que puso los ojos en blanco, y, ya soltado de la férrea presa, cayó de espaldas y quedó inmóvil.

Muy bien.

Lamont se inclinó, y le quitó la pistola, que se metió en un bolsillo de la chaqueta. Luego, registró la de Cory, retirando el billetero, que examinó calmosamente. No había en él nada interesante, así que lo volvió a poner en el bolsillo de su propietario.

Se irguió, y miró alrededor. La pelea había sido breve, implacable y silenciosa. Pero no tan silenciosa que si había alguien más en el apartamento hubiese dejado de oír los gemidos ahogados de Cory al recibir los golpes.

Con la mano en el bolsillo empuñando la pistola, Lamont Lamb esperó medio minuto.

—No. No había nadie.

Se adentró en el apartamento, dio una vuelta por él, y regresó a donde estaba Cory. Lo asió de la pierna y lo llevó a la sala de estar, dejándolo tendido delante del sofá. Se sentó en éste, miró el rostro ensangrentado de Cory, y encendió un cigarrillo. De pronto, chascó dos dedos: ¡había olvidado el asunto dinero! Volvió a coger la billetera de Cory, y retiró todos los billetes Colocó de nuevo la billetera en su sitio, y parsimoniosamente, con el cigarrillo colgado en un lado de la boca, se dedicó a contar el dinero. Mil ciento veinte dólares. Todavía faltaban seiscientos ochenta.

Cory comenzó a reaccionar cuatro o cinco minutos más tarde. Y después de otro minuto, tendido en el suelo ante los pies de Lamb, miraba fijamente a éste, con expresión de alarma y temor.

—¿Dónde está el otro? —preguntó Lamont.

Cory se limitó a suspirar, y a llevarse una mano a la reventada nariz. Así estaba, con la mano sobre la nariz, cuando el pie derecho

de Lamont cayó sobre esa mano, aplastándola contra el atrofiado apéndice. Cory lanzó un grito ahogado, y dio tal salto que quedó de rodillas, lívido como un muerto.

La pistola, su propia pistola, quedó apuntando su rostro, a un palmo de la cara.

—¿Dónde está el otro? —insistió Lamont.

Cory abrió y cerró varias veces la boca, antes de poder decir, con voz ronca, apenas audible:

—Al lado… En el
3 A.

—Vamos a buscarlo. Llamarás a la puerta, y si él pregunta quién llama, pues ya sabes: Cory. Y con toda naturalidad. Si crees que no soy capaz de disparar, puedes hacer la prueba dándotelas de listo. En marcha.

John Cory se puso lentamente en pie, sin dejar de mirar aquellos negros ojos que no expresaban nada. Nada. El matón se estremeció, porque conocía bien aquella inexpresividad, aquel gesto de la boca en un hombre: si hacía algo que no le gustase a Lamb, lo mataría.

Fueron hacia la puerta. Salieron al pasillo, y Cory señaló hacia la puerta 3 A. Lamont se limitó a mover la pistola en aquella dirección. Si no recordaba mal los nombres que había visto en los buzones, el apartamento
3 A
correspondía a un tal Red Olson.

Cory llamó a la puerta, observado por Lamont, que se colocó a un lado. Nadie preguntó nada La puerta se abrió a los pocos segundos, simplemente.

—Ah. Cor… ¿Qué te ha pasado?

Lamont se colocó detrás de Cory rápidamente, asiéndole por el cuello de la chaqueta, y apuntando por encima del hombro derecho del matón al otro matón, que había dado un paso hacia fuera del apartamento. Respingó al verlo a él, palideciendo, pero no cometió la tontería de iniciar movimiento alguno hacia su axila izquierda.

—Adentro —dijo Lamont—. Camina de espaldas, Olson.

Éste dirigió una hosca mirada a Cory, y comenzó a retroceder. Lamont cerró la puerta con un pie.

—Ponte de espaldas a mí, saca la pistola, y déjala lentamente en el suelo. Si un solo gesto tuyo no me gusta, te meteré una bala en la

nuca.

La voz de Lamont era baja y profunda, tranquila, casi monótona, como si brotase de un robot. Carecía de truculencias, y mucho menos de histerismo, preocupación o tensión. Red Olson también supo comprender con qué clase de «cucaracha» se las estaba viendo, así que obedeció con toda exactitud.

—Ahora, camina seis pasos.

Obediencia exacta, por parte de Olson. Lamont empujó a Cory hacia su compañero, se inclinó, y recogió también aquella pistola. Luego, olió ambas.

—Las habéis limpiado no hace mucho, ¿verdad? No hubo respuesta.

—Vamos al *living*.

Entraron en la sala de estar.

—Sentaros los dos en el sofá, juntos, y tomaros de las manos. Si os soltáis, sois hombres muertos… Pero antes, Olson, deja tu billetera sobre esa mesita.

De nuevo obediencia exacta. Olson y Cory se sentaron en el sofá, y se tomaron de las manos, como una pareja de enamorados. Lamont guardó una de las pistolas, y tomó la billetera, de la cual fue extrayendo el dinero. Con una mirada calculó que había allí más de mil dólares también. Se los embolsó, con un comentario:

—Supongo que no vais a protestar porque os cobre intereses. Es lo justo, ¿no? Y ahora —añadió rápidamente—, vamos a hablar muy en serio, de cucaracha a cucaracha: ¿quién os envió detrás de Josuah Martins? ¿Fue o no fue el señor Griffin?

Silencio.

—Soltaros las manos. Y tú Olson, ponte a cuatro patas ahí —señaló—. Si hasta ahora habéis pensado que sois tipos duros, yo os enseñaré lo que es tener auténtica mala leche. ¿Haces lo que te he dicho, o te meto una bala en un ojo?

Red Olson prefirió obedecer. Se colocó de manos y rodillas en el suelo, y quedó tenso, esperando… No tuvo que esperar mucho. La primera prueba que tuvo de que él y Cory habían pinchado en hueso al meterse con Lamont Lamb, la recibió en forma de puntapié al estómago, que primero lo alzó unos centímetros, y luego lo dejó plano en el suelo, estremecido de dolor y de náuseas. Una nueva sensación de dolor, lo reanimó, le hizo lanzar un chillido: el pie

derecho de Lamont cayó sobre su mano derecha extendida en el suelo, aplastándola con crujir de huesos. Y acto seguido, crujieron sus costillas bajo el tremendo puntapié que lo hizo girar como muerto…

Pero no estaba muerto.

Y por entre las lágrimas de dolor, Olson vio junto a él, proyectándose hacia el techo, la figura de Lamb, borrosa.

Alzó las manos, crispado el rostro por el dolor.

—Griffin —jadeó—. ¡Sí, fue Griffin, sí!

Acto seguido cerró los ojos, temiendo la llegada del nuevo golpe…, que no llegó.

—Ponte en pie. Nos vamos. Ayúdale, Cory.

Cory ayudó a Olson, y caminaron hacia la puerta, seguidos por Lamont, que continuaba inalterable. Salieron al pasillo, y lo recorrieron ayudando Cory a Olson, que parecía ir a derrumbarse de un momento a otro.

—¿Fuisteis vosotros los que disparasteis contra el teniente Barrows?

Cory volvió su demudado rostro, muy abiertos los ojos. Y de nuevo, al ver los de Lamont, se estremeció.

—Sí —musitó.

—¿Por orden de Elmer Griffin?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué había que matarlo?

—No lo sé.

—Bajad. Despacio. Si queréis correr más que una bala, por mí no hay inconveniente. No quisieron correr más que las balas.

Llegaron al portal, y entonces Lamont volvió a hablar:

—Vamos a ir a vuestro coche. Vosotros os sentaréis delante, y yo detrás. Cory va a conducir, puesto que el coche es suyo, según parece. Iremos directos al Police Department. ¿Alguna duda?

No hubo respuesta.

Salieron a la calle. Lamont iba tan atento a sus prisioneros que no prestó atención al súbito rugir de un motor de coche. Lo oyó, por supuesto, pero no le prestó atención. Ni siquiera cuando lo vio rodar ahora silenciosamente, despacio, hacia ellos, que caminaban tranquilamente por la acera… Sólo prestó atención al coche cuando éste se detuvo en seco, en el centro de la calzada, a la izquierda de

los tres.

Volvió entonces la cabeza, y vislumbró la silueta del conductor al mismo tiempo que, sobresaltado, reconocía el coche de Cory. ¿Cómo era posible que…?

Sonó el apagado chasquido, y en la portezuela brilló brevísimamente una pequeña llamarada. Cory lanzó un alarido, y salió disparado contra la pared, girando verticalmente. Olson había vuelto la cabeza, vio a Lamont sacando la pistola del bolsillo derecho de la chaqueta, y se lanzó contra él justo cuando Lamont caía de rodillas en su gesto para esquivar las siguientes balas. Brilló otro fogonazo, pero la bala rebotó agudamente contra la pared mientras Lamont y Olson rodaban por el suelo, el primero perdiendo la pistola.

Lamb separó de sí a Olson con un empujón mientras rodaban, y él continuo haciéndolo, para protegerse tras uno de los coches allí estacionados. Olson se puso en pie, y echó a correr por la acera, gritando y alzando un brazo en dirección al coche, convencido de que la muerte de Cory había sido accidental, que la bala había sido disparada contra Lamont Lamb por alguien que acudía en ayuda de ellos.

—¡Olson! —gritó Lamont—. ¡Olson, vuelve, idiota…!

Red Olson no le hizo el menor caso Pasó por entre dos coches a toda prisa, y llegó a la calzada agitando ambos brazos ahora. Lamont lanzó una palabrota, se incorporó sacando la otra pistola y quiso apuntar hacia el coche de Cory…, que rodaba ya con fuerte rugir de motor hacia donde Olson seguía haciendo señas frenéticamente.

Maldiciendo de nuevo, Lamont saltó por encima del capó del coche tras el que se había protegido, cayendo en la calzada con el brazo derecho extendido, apuntando hacia el coche…

En aquel momento, Olson debió comprender que las cosas no iban como él había creído: el coche estaba lanzado cada vez más velozmente, directo hacia él, sin que pareciese en modo alguno que el conductor tuviese intención de frenar. Las luces largas se encendieron de pronto, atrapando de lleno a Olson, que primero alzó los brazos una vez más, ahora para protegerse los ojos, y luego giró, con intención de correr hacia la acera.

En ese instante, cuando estaba dando el primer paso, el coche le

alcanzó de lleno, con terrible fuerza. El cuerpo de Olson fue alzado y lanzado lejos, como un guiñapo, iluminado por las luces del coche, cuyos neumáticos rechinaban sobre el asfalto.

Lamont Lamb apretó el gatillo de la pistola.

¡*Crack*!, restalló el estampido.

—¡*Crack*, *crack*, *crack*…!

El cuerpo de Olson había caído ya a la calzada… El coche pasó por encima de él, moviéndose, con el cristal de atrás pulverizado, rechinando los neumáticos, tras rebotar sobre el cuerpo de Red Olson, el vehículo se desvió hacia la derecha, luego hacia la izquierda, de nuevo a la derecha, otra vez a la izquierda…, y ahora se fue directo hacia la hilera de coches estacionados. Crujió la chapa metálica, saltaron más cristales, los neumáticos parecían emitir un gemido. El coche de Cory quedó incrustado en otro coche.

No muy lejos, se oía un silbato policial. En la calle, los gritos de los transeúntes que, poco antes, ni siquiera habían mirado a Lamont, ya que éste empuñaba la pistola en el bolsillo. Había personas tendidas en el suelo, sobre todo tras los coches… Muchas ventanas se iluminaron, y desde lo alto comenzaron a llegar voces…

Lamb echó a correr hacia el coche de Cory. Cuando llegó, intentó ver el rostro del conductor, pero el coche estaba tan empotrado en el otro que era imposible. Rodeó el otro coche, y, a través de los cristales intactos del lado derecho, miró hacia el asiento delantero del coche de Cory, introducido en el del otro vehículo. El cristal parabrisas había saltado pulverizado, de modo que Lamb pudo ver perfectamente aquel rostro caído de lado sobre el volante, con una expresión de angustia en sus crispadas facciones, en sus desorbitados ojos.

—Dios —jadeó Lamb—. ¡Es Nivens!

Estaba tan atónito que no podía ni moverse. Joseph Nivens, el teniente de Homicidios que había sustituido voluntariamente a Martin Barrows en el caso Delaware… Joseph Nivens, teniente de Homicidios del Departamento de Policía…

—¡Señor Lamb!

Se irguió, todavía aturdido, y miró hacia su izquierda. Diana Murr corría hacia él, llamándole. La sirena de un coche de la policía se iba acercando, sonaba cada vez más fuerte, en alguna parte… Lamont echó a correr hacia Diana, la detuvo sujetándola por los

brazos, y gritó:

—¡Volvamos al coche!

—¿Está bien? ¿Está ust…?

—¡Estoy bien! ¡Al coche, pronto!

La asió de una mano, y se lanzó a todo correr hacia el deportivo de la muchacha. Al llegar la agarró por la cintura, y la tiró en el asiento ante el volante, saltando inmediatamente al contiguo.

—¡Salga, salga…! ¡Y ponga la marcha atrás enseguida, hasta la siguiente esquina!

Diana Murr obedeció frenéticamente. El coche salió del estacionamiento, y luego lo lanzó marcha atrás, hacia la esquina…, mientras por delante de ella llegaba el coche de la policía.

—¡Gire al llegar a la esquina, y aléjese! —gritó Lamont—. ¡No se detenga por nada!

CAPÍTULO VII

Diana Murr detuvo el coche, y miró a Lamont, que estaba pensativo, sombrío. Durante unos segundos, él no reaccionó. De pronto, alzó la cabeza, miró a Diana, luego miró la fachada del edificio ante el que se habían detenido, y asintió.

—Gracias, señorita Murr —musitó—. Creo que lo mejor que podría usted hacer ahora es volver a su casa.

—Puedo esperarle…

—No. Ya la llamaré. Gracias por todo.

Salió del coche, y entró en el lujoso vestíbulo. El portero le vio, y acudió hacia él rápidamente, pero no precisamente con gesto de intrépido guerrero. Lamont decidió rápidamente evitar complicaciones.

—El señor Griffin me ha llamado por teléfono.

Apartó al portero, se metió en uno de los ascensores, y pulsó el botón del piso de Griffin. Segundos más tarde, estaba ante la puerta, apretando el timbre, mientras pensaba que el portero, por supuesto, debía haber avisado a Griffin de que la cucaracha volvía a visitarlo.

¿No estaba Elmer Griffin?

Volvió a pulsar el timbre. Pocos segundos después, llamaba con los nudillos. ¿No estaba? Sí debía estar, porque de otro modo, el portero lo habría dicho mientras él caminaba hacia el ascensor. Estaba y sabía que él estaba de nuevo allí…

La puerta la abrió el propio Griffin, cuando Lamont llamaba con tal fuerza que hacía presentir el empleo de mucha más para derribarla. Y nada más ver al gordo millonario, Lamont se calmó, de golpe.

—¿Qué…, qué desea ahora…?

Estaba en batín. Y muy pálido, asustadizo.

Lamont le puso una mano en el pecho, y empujó, sin brusquedad ni violencia, pero firmemente. Entró, cerró la puerta, y miró hacia el fondo del apartamento.

—¿Estamos solos, señor Griffin?

—Bueno… No, no… Es que…

Lamb lo asió por el batín, y casi lo arrastró hacia el salón. Allá, la bella morena Stella Burns estaba terminando rápidamente de vestirse. Al ver a Lamont quedó inmóvil. Luego, bajo los párpados, se mordió los labios, y continuó vistiéndose. Cuando de nuevo miró a Lamont, éste, en silencio, señaló con el pulgar por encima de su hombro, hacia la puerta. Stella Burns recogió su bolso, y abandonó el salón. Segundos después, se oía la puerta del apartamento al cerrarse.

Lamont miró a Griffin, que casi colgaba de su mano, y a su vez le miraba con expresión aterrada.

—Lamento haberle interrumpido en su trabajo, señor Griffin, pero esto es importante. ¿Sabe usted quiénes acaban de morir?

—No… ¡Yo no sé nada, nada…!

—Pues yo se lo explicaré: acaban de morir John Cory, Red Olson…, y el teniente Nivens. ¿Qué le sugiere esto?

—Nada… ¡Nada! ¡No conozco a esos hombres!

—¿Al teniente Nivens tampoco?

—No… No. ¡No!

Lamont empujó a Griffin, sentándolo en un sillón. Cerró los ojos un instante, como buscando una gran paciencia en su interior, que, al parecer, encontró. Cuando abrió los ojos, los fijó en el teléfono.

—Dentro de unos minutos, llamaremos a ver cómo sigue el teniente Martin Barrows —susurró—. ¿Tampoco a éste lo conoce, señor Griffin?

—No…

Lamont se sentó en el sofá. Sobre la mesita de centro, muy cerca de aquél, había una botella de *whisky*, y dos vasos, uno de ellos todavía con algo de licor. Tomó el vaso, y procedió a terminarse el *whisky* sosegadamente… De pronto, apuntó a Griffin con el vaso.

—Le voy a decir cómo creo yo que han sucedido las cosas, señor Griffin. Cuando George Delaware fue asesinado, el criminal, en efecto, se llevó algo importante de su caja fuerte… Importante para usted y para Giles Robbins, se entiende. En cuanto se enteró de lo

sucedido, Robbins envió a Josuah Martins a contratar a alguien capacitado para encontrar al asesino antes que la policía. Evidentemente, ni usted ni el señor Robbins disponen de personal así, o sea, bien preparado para realizar una investigación. Matones y gente así están a su alcance, pero no gente como yo. Así pues, el señor Robbins me seleccionó, y envió a su «perrito» a buscarme, para encargarme el trabajo. Ahora estoy seguro, porque Josuah Martins ha desaparecido; naturalmente, sigue las órdenes de Robbins. ¿Comprende?

—Sí, pero…

—Pero usted lo hizo de otra manera. ¿Por qué contratar detectives, cosa muy comprometida, si podía disponer de un policía que sin duda hace tiempo obedece órdenes de usted? Me refiero ahora al teniente Joseph Nivens Pero, claro, Nivens no podía ocuparse del caso Delaware y procurarle a usted lo que el asesino se llevó de la caja fuerte, en lugar de entregarlo a sus superiores. No, Nivens no podía llevar el caso y concederle a usted las primicias, ya que el caso lo estaba llevando Martin Barrows. ¿Solución?: envía usted a sus dos matones a liquidar a Barrows, y de este modo, Nivens se ofrece voluntario a proseguir el caso Delaware, de forma que, cuando encuentre al asesino, antes de eliminarlo le… requisará lo que el criminal se llevó de la caja fuerte de Delaware, y se lo dará a usted. Su decisión, señor Griffin, ha sido más inteligente que la del señor Robbins: nada menos que está utilizando a la policía en su provecho. ¿Cierto? Si dice que no, le partiré todos los dientes, porque sus matones Olson y Cory lo admitieron antes de ser eliminados a su vez por el teniente Nivens. Nivens estaba en el hospital cuando yo recibí una nota, debió comprender algo, y salió detrás de mí. Me vio encontrar el coche, y subir a los apartamentos de Olson y Cory. Quizá tenía la esperanza de que éstos me matasen. De todos modos, lo mejor era esperar delante del edificio, y obrar en consecuencia. Cuando salimos, decidió matarlos a ellos, no a mí. ¿Sabe por qué? Porque si yo moría, ellos seguirían vivos, y serian muchas más molestias que yo, puesto que serían localizados tarde o temprano por la policía, ya que un amigo mío sabía de quién era el coche, y naturalmente lo diría a la policía en cuanto supiese que a mí me habían matado. Así pues, Nivens disparó contra Cory. Luego, con el coche, mató a Olson. ¿Está bien clara la explicación?

—No…, no es cierto, no… Yo no tengo nada que ver…

Elmer Griffin estaba sudando como si se hallase dentro de una sauna. Lamont dejó el vaso de *whisky* junto al otro, y alzó la mirada, con expresión maligna, hacia el millonario.

—Voy a posponer partirle los dientes hasta que me haya explicado por qué, señor Griffin, ¿por qué mataron a Delaware, y quién lo hizo?

—¡No sé eso, lo juro, no lo sé…!

—Cálmese. Quizá eso sea cierto. Pero sí sabe lo que Delaware tenía en la caja fuerte, ¿verdad? Algo que interesaba por igual a usted y a Giles Robbins. Algo precioso, que Delaware guardaba cuidadosamente. Y de pronto, llega un asesino, mata a Delaware, abre la caja, y se lo lleva todo. Gran espanto para usted y para Robbins, que, cada uno por su lado, deciden recuperar lo que sea. Cada uno por su lado, no uniendo sus fuerzas… ¿Por qué? ¿Qué se llevó el asesino?

—Nada… No lo sé…

—Señor Griffin, dentro de poco estará usted en manos de la policía, acusado de lo que he dicho, y yo podré probar que todo es cierto. Pero antes de entregarle a la policía, quiero que conteste a mis preguntas: ¿qué se llevó el asesino?

—¡No lo sé! —chilló Griffin.

—Hay otra cosa que quiero que sepa: el teniente Barrows es… o era el príncipe azul de mi querida Ricitos, y usted dio la orden de que fuese asesinado. Si Ricitos, se queda sin su príncipe, yo le cortaré a usted la cabeza, si la Justicia no lo hace. Pero, si no contesta, no voy a esperar a que…

El timbrazo del teléfono sobresaltó a Lamont casi tanto como a Griffin. Ése miró el aparato con ojos desorbitados. Cuando miró de nuevo a Lamont, éste señaló el aparato.

—Vamos a contestar los dos, señor Griffin. Y tenga mucho cuidado con lo que dice, sea quien fuere. Por si hay alguna estúpida idea en su cabeza, vea esto.

Sacó la pistola, y Griffin palideció aún más al verla. Las piernas le temblaban visiblemente cuando se dirigió hacia el teléfono; pero fue Lamont quien descolgó el auricular, y lo puso entre ambos.

—¿Diga? —susurró Griffin. Una voz indefinible susurró:

—¿Está ahí Lamont Lamb?

Lamont se colocó el auricular en el oído.
—Yo soy Lamb. ¿Quién es usted?
El gesto de sorpresa fue visible en el rostro del detective.
—Ah, seño… ¿Qué?
—Ya. Sí, entiendo. —Lamont hizo señas a Griffin para que volviese a sentarse en el sofá, antes de seguir hablando—. Ya no puede oír lo que usted me diga. Adelante.
—…
—¡Bien! ¿Dónde?
—…
—Estupendo. Y muchas gracias. Pero dígame: ¿por qué me lo dice?
—…
—Claro. Es lógico, sí, sí, sí, comprendo. Bueno, creo que debería usted indicarme con exactitud dónde está esa cabaña en la que…
—…
—¿De veras? Magnífico. ¿Dónde nos vemos?
—…
—De acuerdo. ¿Le parece bien dentro de media hora?
—…
—Pues hasta ahora. Y gracias de nuevo.
Lamb colgó el auricular, y quedó inmóvil, con la mano todavía sobre el aparato. Durante unos segundos pareció una estatua. De pronto, volvió a sentarse en el sofá, y miró la botella de *whisky*. Se sirvió un trago en uno de los vasos, inescrutable el rostro. Luego, sorbo a sorbo, lo fue apurando, lentamente, con la mirada perdida. Parecía que ni siquiera se daba cuenta de la presencia de Elmer Griffin, que se iba tranquilizando ante el sosegado comportamiento del detective privado. Por el momento, no parecía tener intención de partirle los dientes.
—Bien —dijo de pronto Lamont—. Bien.
—¿Quién…, quién era? —murmuró Griffin.
—La solución, señor Griffin. Dígame una cosa: ¿tiene usted buenos abogados?
—¿Abog…? Sí… Sí, sí.
—Los va a necesitar. Y ahora, perdone que haga esto con usted, pero tengo que dejarlo a buen recaudo, y además, no quiero que usted escuche lo que voy a hablar por teléfono, por si acaso.

—¿Qué va usted a hacer? —tartamudeó Griffin.

—No se preocupe. —Lamont lo asió por el batín, y lo puso en pie—, no pienso matarlo. A menos que no sea usted capaz de resistir esto…

El hinchado vientre de Elmer Griffin resonó poco menos que como un tambor al recibir el espantoso puñetazo propinado por Lamont. El millonario lanzó un berrido, puso los ojos en blanco, y se desplomó en el sofá, como muerto.

Lamont se aseguró de que de muerto sólo tenía el aspecto. Luego, lo ató y amordazó concienzudamente, utilizando el cordón del batín y unas tiras de esparadrapo.

Finalmente, fue hacia el teléfono.

Y tres minutos más tarde, salía del apartamento, dejando la puerta entornada.

Cuando cruzaba el vestíbulo, notó la mirada del portero fija en él. Vaciló, y desvió sus pasos hacia el hombre, que salió a su encuentro, expectante e indeciso.

—Hay algo que quiero decirle, señor…, señor…

—Stacey…

—Stacey —asintió Lamont, como aprobando—. Bien, señor Stacey, como usted debe saber, siempre ha habido ricos y pobres, debido a que los que primero fueron ricos, cualquiera sabe cuánto tiempo hace de eso, se las han ido arreglando para que los pobres continuasen siendo pobres. De otro modo, ¿cómo vivirían ellos? Pues, vivirían igual que los pobres, ¿comprende?

—No… No, señor.

—Veamos. Supongamos que todos fuésemos pobres. Vamos a suponer como ejemplo al señor Griffin. Es un hombre rico. Pero si fuese pobre, las pasaría canutas. Supongamos que siendo pobre, el señor Griffin quisiera comerse una langosta, pongo por caso… ¿Qué tendría que hacer el señor Griffin siendo tan pobre como los demás pobres, si quería comerse una langosta?

—No sé… No sé.

—Sí, hombre; tendría que ir a pescarla él mismo. Lo cual no es precisamente cómodo, ¿verdad? Y quien dice langosta dice salmón, o simplemente fruta; tendría que plantar los árboles frutales, esperar que diesen fruto, recolectarlos… ¿No es así?

—Sí. Supongo…, supongo que sí.

—Ah, pero todo ese trabajo se lo puede evitar uno siendo rico. Cuando uno es rico, los demás trabajan para él, para proporcionarle lo que desea: langosta, caviar, pan, tomates, un chalé en la montaña o en la playa, un coche… Todo, todo, todo está hecho por los pobres que los ricos mantienen pobres, con gran astucia y habilidad. Porque, demonios, si no hubiesen pobres, ellos no se pegarían la vida padre. ¿Y qué dan los ricos a cambio de lo que desean? Pues dan dinero. Solamente dinero. ¿Y sabe quién gana el dinero de los ricos? Lo ganan los pobres. ¿Se da cuenta del truco? Los pobres que trabajan son los que ganan el dinero con que los ricos les pagan. Claro, si por ejemplo el pobre gana con su esfuerzo pongamos mil dólares, el rico le da diez, y le dice: ¿te das cuenta qué bueno soy al dejarte trabajar y pagarte tu trabajo? Lo que no dice es que ese producto conseguido por el pobre, vale mil dólares, y que él se queda novecientos noventa. Y entonces tenemos que, con diez dólares, el pobre no puede comer las langostas que pesca, porque ha de venderlas para comprar cosas menos caras para subsistir. Cosas que han sido creadas por otros pobres que, a su vez, cobran diez dólares por un producto obtenido que vale mil. ¿Comprende? Y con ese producto, los ricos compran las langostas y cosas así, mientras los pobres comen pan y chocolate. ¿Usted capta, señor Stacey?

—Me parece… que sí.

—Bueno. Por ejemplo, usted está aquí, encerrado todo el día, porque al señor Griffin y a otros les interesa que sea así. Pero, claro, si usted ganase cien mil dólares al mes, ¡qué demonios estaría usted aquí, hombre! Estaría en Miami, o en Acapulco, o en algún sitio así…, mientras pagaría diez dólares a otros que estarían ganando mil para que usted se los embolsase… Comprende, ¿verdad?

—Sí. Sí, señor —tartamudeó Stacey.

—De donde se desprende que usted, para el señor Griffin, es una cucaracha, como yo. Y siendo así, ¿por qué me mira como si las cucarachas fuesen algo repulsivo y repudiable? ¿Quizá porque usted cree que yo soy aún más cucaracha?

Stacey estaba lívido.

—No sé… No, señor, no creo…

—Bueno. Reflexione sobre esto, amigo Stacey. Y por poco listo que sea, cuando algún hombre como yo venga aquí, lo recibirá

usted como si fuese lo que es: una persona que vale tanto como otra cualquiera. O más. ¿Quién vale más, señor Stacey? ¿El pobre que produce mil, o el rico que gasta novecientos noventa sin haber producido nada?

Stacey se pasó la lengua por los labios.

—Le aseguro que reflexionaré sobre esto, señor…, señor…

—Lamb. Su compañera cucaracha Lamont Lamb, señor Stacey. Buenas noches.

Cuando salió a la calle, Lamont Lamb se sentía grandiosamente satisfecho de haberle soltado aquel rollo a Stacey en lugar de partirle la cara, como inicialmente había deseado…

—¡Señor Lamb!

Se acercó al coche deportivo, estacionado en doble fila, y su gesto no fue precisamente amable cuando gruñó:

—¿Qué hace usted todavía aquí?

—Oh, he estado dando unas vueltas… Pensé que podría necesitar otra vez el coche.

—Pues, como necesitarlo, lo necesito. Aunque ahora soy lo bastante rico hasta para comprarme un taxi para mí solo. Pero no hay por qué despilfarrar el dinero, ¿verdad?

—¿Quiere que le lleve? —sonrió Diana Murr.

—Bueno. —Lamont pasó las piernas por encima de la portezuela, y se sentó—. Pero con determinadas condiciones que le iré explicando por el camino. A fin de cuentas, estoy en deuda con usted, señorita Murr. Y otra cosa: el príncipe azul parece que puede salir de ésta. Me refiero al teniente Barrows, el novio, lo que sea de mi Ricitos. La chica del hospital, ¿la recuerda?

—¿No era su novia?

—No. Las cucarachas no tienen novia… ¿O sí?

—¿Las cucarachas?

—¿Usted no se ha dado cuenta de que yo soy una cucaracha?

—¡Qué tontería! —rió Diana Murr—. ¡Usted es un nombre, y de los estupendos, señor Lamb!

—¿A qué llama usted un hombre estupendo?

—Pues… Bueno, no sé… Es decir, sí lo sé, pero no me parece momento y lugar para explicarlo, señor Lamb, no puedo estar parada aquí tanto rato.

—Bueno, pues arranque. ¿Quién se lo impide?

—Nadie. ¿Adónde le llevo?

CAPÍTULO VIII

Maureen Dorsey, la secretaria de Giles Robbins, vio aparecer a Lamont Lamb, a pie, y entonces hizo una ráfaga con las luces del coche ante cuyo volante estaba sentada. Lamb miró hacia allí, asintió con la cabeza, y desvió su marcha hacia el coche. *Miss* Dorsey se inclinó, y abrió la portezuela. Segundos después, Lamont estaba sentado junto a la bella pelirroja.

—¿Me he retrasado? —inquirió.

—Un poco. Pero no tiene importancia, señor Lamb.

—Gracias. Bien, vamos allá. Y mientras tanto, me gustaría que me dijese cómo pudo localizarme en el apartamento del señor Griffin.

—Quería hablar con usted, y busqué su nombre en el listín. Encontré su teléfono, pero nadie contestaba…

—Está desconectado…, por ahora. ¿Por qué me llamó luego al apartamento de Griffin?

—Usted me habló de él, ¿recuerda? Me preguntó qué rivalidad existía entre él y el señor Robbins…

—Sí, ya recuerdo. ¿Qué sabe usted de todo eso, señorita Dorsey?

—¿De la rivalidad entre ellos? No gran cosa… Pero hace tiempo que me estoy enterando de cosas que no me gustan. Y la presencia de usted me asustó. Mire, señor Lamb, yo no quiero líos… Prefiero trabajar para alguien que sea menos importante que el señor Robbins, pero que no me complique la vida.

—Eso es muy sensato. ¿De qué cosas que no le gustan se ha ido enterando? *Miss* Dorsey tardó algunos segundos en responder.

—No sabría decírselo con exactitud —murmuró—, pero sé que Martins está al corriente de todo…

—¿Cómo sabe usted que estoy buscando a Josuah Martins? —La

miró sorprendido Lamont.

—Cuando usted se fue, entré en el despacho del señor Robbins, naturalmente. Estaba llamando al señor Martins, y diciéndole que usted lo estaba buscando, y que le parecía un hombre muy entrometido e inteligente. Aconsejó al señor Martins que desapareciese, sugiriéndole que debía esperarle en la cabaña, hasta que él fuese allá a darle instrucciones definitivas. El señor Robbins estaba asustado. Me di cuenta de que las cosas se estaban poniendo feas, y fue cuando decidí llamarle a usted para decirle dónde está el señor Martins.

—Pero ha tardado mucho en llamarme, señorita Dorsey. ¿Por qué no me llamó antes?

—No pude hacerlo. Tuve que trabajar en algunos asuntos con el señor Robbins, así que hasta que me dijo que podía marcharme no pude buscar el contacto con usted.

—Claro. Bueno, creo que debería usted decirme exactamente lo que sabe. *Miss* Dorsey volvió a demorar su respuesta.

—Mire, señor Lamb, yo creo que es mejor que hable usted con Josuah Martins. No quiero decir cosas que luego resulten tonterías. Lo único que deseo es saber sí en realidad hay algo sucio en la vida del señor Robbins, para despedirme. Y… Bien.

—Y si algo ocurre, espera usted que yo asegure a la policía que usted no sabía nada de nada, y que es una buena chica. ¿No es así?

Maureen Dorsey le miró un instante, sonriendo.

—Estaba segura de que usted comprendería, señor Lamb. Y me pregunto si se negaría a ayudarme en ese sentido en caso necesario.

—Claro que no. Aunque me retiraron la licencia, tengo buenos amigos en la policía. No se preocupe. ¿Está muy lejos esa cabaña?

—No. Un poco más allá de New Rochelle, por la 95. El señor Robbins la tiene como una especie de… base para salir de pesca. Es un pequeño chalé, y tiene allí sus cañas, una lancha… Es un sitio confortable y tranquilo, en la playa.

—Entiendo que usted ha estado allí antes.

—Sí —murmuró *Miss* Dorsey—. Sí. El señor Robbins me llevó allí hace tiempo, un fin de semana. Dijo que estaríamos más tranquilos para trabajar, sin nadie que nos molestase… Estuve a punto de perder el empleo, en aquella ocasión.

—Oh. ¿Y cómo se las arregló para conservarlo? Maureen Dorsey

se mordió los labios antes de musitar:

—Todos hacemos algunas concesiones en determinados momentos, señor Lamb.

—Yo no. Pero la comprendo. Un empleo de treinta y cinco mil dólares al año debe implicar, supongo, algunas de esas pequeñas concesiones, aunque sólo sea de cuando en cuando. De todos modos, eso es cosa de usted, señorita Dorsey.

Maureen no contestó. Lamb la miró de reojo, vio su expresión mortificada, y decidió no proseguir la conversación por ese terreno. En realidad, ya no hablaron más, salvo algunos breves comentarios de Maureen Dorsey referentes a la ruta, la distancia que faltaba para llegar… Cruzaron New Rochelle, y continuaron por la
4 95,
bordeando la playa.

Tan sólo tres minutos más tarde, Maureen se desviaba de la carretera, por una más estrecha, que parecía ir a meterse directamente en el mar. Pero no ocurrió tal cosa. La muchacha detuvo el coche, y apagó todas las luces. Delante de ellos se veía el mar, reluciente a las luces de New Rochelle y de nueva York.

Un poco a la izquierda, Lamont vio la forma oscura de un chalet, y señaló hacia allá.

—¿Es ésa?

—Sí.

—Bien. Parece ser que Martins vino aquí en taxi, así que no creo que tenga coche disponible. ¿Le importaría a usted esperamos?

—No… No, no.

—Gracias de nuevo. Y otra cosa, señorita Dorsey: es posible que el señor Martins sea un sujeto peligroso, y que a mí me pase algo, En este caso, si usted lo viese salir a él, dé la vuelta y vaya a toda velocidad a decir todo esto a la policía.

—Así lo haré. ¿Cree que el señor Martins puede…?

—No sé lo que puede hacer —cortó Lamont—, pero me gusta prevenirlo todo.

Lamb se apeó, y se dirigió hacia el pequeño chalet. Cuando llegó al porche, solamente oía el rumor del mar. Todo estaba a oscuras.

Ni siquiera se molestó en llamar a la puerta. Se colocó ante una de las ventanas, y la probó. Cerrada, La segunda también estaba cerrada. La tercera cedió suave y silenciosamente hacia arriba

apenas tocarla. Sin hacer ruido, acabó de abrirla, pasó una pierna, luego otra, y se encontró dentro del chalet. Una suave brisa llegaba desde el mar.

Algunas cosas no reservan sorpresas. Por ejemplo, si había allí una ventana, habría una puerta. Y junto a ella, estaría el interruptor de la luz… Lamont llegó a éste sin dificultad, tanteando a la derecha de la puerta cerrada a la que había llegado caminando sigilosamente.

Encendió la luz.

Luego, se volvió, para examinar la habitación.

Lo primero que vio fue la cama, con el cadáver de Josuah Martins sobre ésta. Sin tan siquiera sorprenderse, Lamont se acercó al lecho, y se quedó mirando a Wheeler-Martins, el «perrito» de Giles Robbins. Estaba tendido cara al techo, con la boca abierta, los ojos también abiertos, como dos bolitas de cristal. Llevaba puesto un pijama, en el cual, a la altura del corazón, se veía una mancha de sangre que parecía chocolate.

Tocó a Josuah Martins en un lado del cuello, y lo encontró todavía caliente. Calculó que no hacía ni quince minutos que lo habían matado. Claro.

Claro. Todo encajaba…

—Quietecito así, señor Lamb.

La voz sonó tras él. Lamont no se estremeció, ni respingó, No hizo nada. La voz femenina todavía resonaba en sus oídos cuando la volvió a oír:

—Me parece que noto el bulto de una pistola en el bolsillo de su chaqueta, señor Lamb. Sáquela con dos dedos, déjela sobre la cama, y retroceda hacía la puerta, siempre de espaldas. Cuando llegue a la puerta, salga al pasillo. Yo encenderé la luz, y usted verá al principio del pasillo el saloncito. Vaya allí y siéntese. ¿Me ha comprendido?

—Desde luego, *miss* Burns.

—Pues obedezca.

Lamb obedeció punto por punto. Así que apenas un minuto más tarde, estaba sentado en uno de los sillones del saloncito, cuya iluminación, era deficiente: sólo la que llegaba del pasillo. Pero, en seguida, la luz del saloncito se encendió, y Lamont miró hacia la entrada al pasillo.

Stella Burns, la morena secretaria de Elmer Griffin, estaba allí, empuñando una pistola. Lamont miró el arma, y de nuevo los grandes ojos de la despampanante secretaria.

—Caramba, qué sorpresa —dijo con desganada indiferencia Lamont.

Stella Burns no contestó. Apagó y encendió la luz dos veces más. Luego, quedó en silencio, mirando con suma atención al detective privado. Muy poco después, se oyó el sonido metálico de la cerradura de la puerta del chalet. Luego, la pelirroja Maureen Dorsey apareció en el saloncito, también pistola en mano.

—Caramba, qué sorpresa —dijo Lamont, aburridísimo.

—No parece tomarse en serio su situación, señor Lamb —dijo la morena.

—Muy en serio. Supongo que van a matarme, así que tengo que tomarme las cosas en serio. Lo que me pregunto es qué están esperando ustedes.

—Queremos que nos diga qué sabe usted, y a quién se lo ha dicho.

—Aaaah… Sí, claro. De no ser por ese detalle, ya tendría unas cuantas balas en el cuerpo. ¿Ustedes quieren que les diga lo que sé, y a quién se lo he dicho?

—Sí.

—Es natural. Pero a mí también me gusta saber las cosas, señoritas, así que podemos hacer un trato; no me gustaría ser un cadáver ignorante. ¿Qué demonios de lío es todo esto?

—No tenemos ganas de conversación, señor Lamb.

—Deberían respetar la última voluntad de un moribundo, me parece a mí. De todos modos, si ustedes prefieren ser unas chicas vivas e ignorantes, es cosa de ustedes. Queda bien claro que no diré una sola palabra a menos que antes sepa lo que ha ocurrido. Así están las cosas, de modo que, o hablan, o disparan. No va más.

La morena y la pelirroja vacilaron. Maureen se acercó a Stella, y estuvieron cuchicheando unos segundos. Lamont no entendió una sola palabra, pero no hacía falta. Estaban discutiendo la conveniencia de conversar con él, por si sabía algo que pudiese acusarlas y lo había comunicado a alguien… No lo matarían sin antes saber a qué atenerse al respecto, pues sería muy peligroso para ellas…

—De acuerdo, señor Lamb —dijo Stella Burns—. ¿Qué es lo que quiere usted saber?

—Todo. Bueno, en realidad, ya sé que una de ustedes mató a George Delaware, y que la otra, ha matado hace poco a Josuah Martins. Está bien claro que quien ha matado a Martins ha sido *miss* Burns, puesto que *miss* Dorsey estaba conmigo. Y eso me hace pensar que se habrán repartido el trabajo como buenas amigas, de modo que quien mató a Delaware fue *miss* Dorsey. ¿Exacto?

—Exacto.

—Pues para seguir teniendo una equitativa distribución en sus asesinatos, tendrán que arreglárselas de modo que las dos me maten a la vez. Al alimón, como suele decirse. Bien, *miss* Dorsey… ¿por qué mató a Delaware? ¿Qué se llevaron de su caja fuerte?

—Una llave. Es decir, nos lo llevamos todo, pero sólo nos interesaba de verdad una llave. Corresponde a una caja de alquiler.

—¿De dónde?

—Todavía no hemos localizado esa caja de alquiler, pero lo haremos.

—La policía podría ayudarlas. Estoy seguro de que en menos de una hora, teniendo la llave, sabrían adónde tenían que dirigirse para encontrar la caja.

—Muy gracioso.

—En absoluto. Tengo mal carácter y muy mala uva, de veras. Bueno, ya tienen la llave. Buscarán la caja, la abrirán, y…, ¿qué sacarán de ella? ¿Qué tenía allí guardado el señor Delaware? Supongo que algo comprometedor para los señores Robbins y Griffin, ¿no es así?

—Sí. ¿Sabe usted a qué se dedican nuestros amados jefes aparte de sus negocios honestos?

—Confieso que sobre eso no tengo ni idea.

—Se dedican al soborno de personalidades oficiales, que les facilitan toda una serie de negocios sucios: estafas al Gobierno, contrabando de productos químicos adulterados, distribución de drogas que llegan desde Canadá y México, trata de mujeres de todas las razas, extorsión a otros granujas que también defraudan al Gobierno aunque en menor escala… Son como dos pulpos gigantescos que están apretando la totalidad del país con sus tentáculos. Negocios tan grandes y tan sucios que intervienen

personajes políticos de relieve, incluso.

—¿Y eso, por partida doble? ¿Robbins por un lado y Griffin por otro?

—Sí. Son rivales, aunque aparezcan como grandes amigos. Cada uno de ellos quisiera ver destruido al otro, pero, mientras tanto, conviven cortésmente.

—Hace años, eso se hubiese resuelto a golpe de metralleta. Por fortuna, los tiempos cambian…, en algunos detalles. Bien, ¿qué tenía que ver George Delaware con todo eso?

—Hace tiempo, Stella y yo nos conocimos —dijo Maureen—, en una reunión que tuvieron nuestros jefes Una reunión muy privada, y que no aportó solución ni acuerdo alguno. Sólo una cosa positiva salió de aquella reunión: Stella y yo nos conocimos Mientras nuestros jefes discutían, nosotras simpatizamos. Y comenzó a germinar una idea: ¿por qué no aprovecharnos de tantas cosas como sabíamos? Nosotras habíamos sido «seleccionadas» por ellos de un… lote de muchachas que querían vivir bien como fuese. Y ellos, además de tratamos como a secretarias, nos convirtieron en sus… muñequitas. La verdad es que no teníamos queja, y que incluso no acabábamos de creer en tanta suerte. Pero, algo dije yo que hizo comprender a Stella que las cosas podían ser aún mejores si fuésemos listas, y ella me siguió la corriente… Tres días después, nos reunimos ella y yo, a solas.

—¿Con qué objeto?

—Sabíamos tantas cosas que si organizábamos bien un chantaje, podríamos enriquecernos a costa de Robbins y Griffin. Pero, tenía que ser sin que ellos supiesen que éramos nosotras quienes los estaríamos sometiendo a chantaje, pues si se enteraban, nos matarían. De modo que empezamos a pensar.

—¿Y se pusieron en contacto con Delaware?

—Sí. Primero lo fuimos sondeando cuidadosamente. Era un periodista inteligente, de cierto renombre, sagaz… Sólo nos faltaba saber qué sería capaz de llegar a hacer para enriquecerse rápidamente y con comodidad. Tardamos muy poco en comprender que si algo adoraba en la vida George Delaware era… la buena vida: coches, una hermosa casa, un yate más adelante, criados, viajes, lujos, comidas refinadas, mujeres hermosas…

—Eso también me gusta a mí, *miss* Dorsay.

—Sí. Pero quizá usted no aceptaría determinadas condiciones para conseguir todo eso. En cambio, nosotras comprendimos que Delaware sí aceptaría. Comenzamos a hacerle insinuaciones… El tardó muy poco en comprender lo que se le estaba ofreciendo, y no nos hizo perder el tiempo con más insinuaciones. Hablamos claramente. Y así, quedó establecida nuestra pequeña sociedad limitada de chantaje en perjuicio de nuestros jefes, los señores Griffin y Robbins. Cuando le hubimos facilitado suficiente material de pruebas, Delaware se puso en contacto con ellos, y dijo que, haciendo investigaciones por su cuenta para una serie de artículos sobre la corrupción en el país, había ido reuniendo determinados detalles sobre ellos, pero que antes de publicarlos había querido consultarlos…

—Eso debió colocar a sus jefes al borde del colapso.

—Poco menos —sonrió Stella—. Pero Delaware los tranquilizó pronto. Llegaron a un acuerdo: Delaware se callaba, y a cambio iría recibiendo buenas cantidades de dinero mensualmente, y Robbins y Griffin lo irían introduciendo entre sus pudientes amigos, catapultándolo hacia una posición social que Delaware había deseado siempre. En poco tiempo, se convirtió en un hombre y un periodista de verdad importante. Nosotras lo íbamos visitando, una vez una y otra vez otra, por la noches, para ir facilitándole las últimas noticias sobre los negocios sucios de nuestros jefes, así que Delaware los tenía siempre en un puño, y cada vez obtenía más dinero de ellos. Dinero que, naturalmente, repartía con nosotras…

—Hasta que un día, ustedes se dijeron: ¿por qué repartir nada con Delaware? Tal como están las cosas, por poco listas que seamos ahora que todo está encarrilado, podemos beneficiarnos las dos solitas. Pero entonces, había que eliminar a Delaware, ya que de otro modo, éste le habría ido con el cuento a Griffin y Robbins. ¿No es eso?

—Exacto. Así que decidimos matar a Delaware, recuperar todas las pruebas contra nuestros jefes que nosotras mismas le habíamos facilitado, y proseguir el negocio por nuestra cuenta, con tal discreción que ni Robbins ni Griffin hubiesen sabido nunca que éramos nosotras, sus «muñequitas» de confianza, quienes les estábamos extorsionando. Para conseguir esto, matamos a Delaware y nos llevamos todo lo que había en su caja fuerte. De este modo,

Robbins y Griffin pensarían que había sido un ladrón casual quien había entrado en posesión de todas aquellas pruebas, y que las estaba aprovechando para, heredar el chantaje de George Delaware.

—Entiendo. Entonces, Robbins envió a Martins a contratar a un sujeto hábil y discreto que encontrase al asesino antes que la policía, para enviar allá a sus hombres y que lo recuperasen todo. Mientras tanto, Griffin optó por hacer matar al teniente Barrows, de Homicidios, con el objeto de que el teniente Nivens, uno de sus sobornados, se hiciese cargo de las investigaciones, con el propósito de entregar a Griffin las pruebas en cuanto las recuperase, por supuesto escamoteándolas a sus superiores. Bien, ahora sí lo sé todo. Lo único que queda por hacer es encontrar esa caja de alquiler y retirar de allí las pruebas que llevarán a la cárcel para toda su vida a los señores Robbins y Griffin. ¿Dónde tienen la llave de esa caja de alquiler?

—¿Cree que le servirá de algo, señor Lamb? —rió Stella.

—Claro. ¿Dónde está?

—En mi apartamento —rió también Maureen—, pero dudo que usted pueda llegar allí algún día.

—¿Algún día? Será esta misma noche, *miss* Dorsey. ¿Creen realmente que están tratando con un imbécil?

—¿Qué quiere decir? —Respingo Stella.

—Vamos, señorita Burns, vamos… Estoy considerado como uno de los mejores detectives privados del Estado de Nueva York; he asistido a conferencias y convenciones de esta profesión en San Francisco, en París, en Miami, en la propia Nueva York, en Nueva Orleáns… Como suele decirse, soy alguien dentro de la profesión. Pero, claro, por listo que sea uno, no puede conseguir nada sin una pista. Por fortuna, yo encontré esa pista.

—¿Qué pista? —exclamó Maureen.

—Las voy a sorprender adivinando una cosa: a usted le gusta con locura el champaña, pero, a *miss* Burns debe sentarle fatal, porque jamás lo bebe. ¿Es cierto?

—¿Cómo lo sabe? —musitó Stella Burns.

—Como se saben las cosas: haciendo preguntas y obteniendo conclusiones de las respuestas. Cuando supe que la mujer que visitaba a Delaware bebía champaña unas veces y vodka con naranja otras, por ejemplo, me dije que no tenía sentido.

Especialmente, en una cita que, en principio, todos suponíamos de amor, o, al menos, simplemente sexual. ¿Una mujer que hoy bebe champaña y mañana cuba libre? Casi me pareció repugnante. Si las citas hubiesen sido a distintas horas, lo habría aceptado. Pero siempre eran de noche, más tarde de las nueve. Cita íntima, un hombre y una mujer, amor, y champaña. El *whisky*, la ginebra, el vodka…, me hicieron pensar que quizá, algunas noches, George Delaware recibía a un hombre, no a una mujer. Y cuando estaba en esto, una persona me dijo que, después de pensar en algunos detalles que hasta entonces no había estudiado, había llegado a la conclusión de que no eran un hombre y una mujer, sino dos mujeres.

—¿Qué persona…?

—Calma, *miss* Dorsey, caima. Déjeme terminar… Cuando esa persona me dijo que eran dos mujeres, todavía me resistí. Pero cuando usted me llamó al apartamento de Griffin, de pronto, ¡zas!, me di cuenta de que ya lo sabía todo. Me dediqué a pensar unos minutos, y, ya no dudé más: ustedes dos eran las mujeres que se alternaban en sus visitas a Delaware…, ahora sé que para facilitarle información sobre sus jefes, y, de paso, departían amigablemente, una con champaña, y la otra con *whisky*, por ejemplo. ¿Qué le pasa con el champaña, *miss* Burns? ¿Por qué no le gusta?

—Usted no pudo adivinar que éramos nosotras —susurró la morena.

—Claro que no. Querida, en esta profesión nunca se adivina. Simplemente, se sabe, tras el estudio del material disponible. ¿Recuerda, *miss* Burns, lo que dijo usted cuando yo opiné que el señor Griffin tenía la mejor secretaria?

—No… No.

—Dijo usted, textualmente: «es muy gentil, señor Lamb, a pesar de que yo no soy pelirroja». ¿Lo recuerda, *miss* Burns? Yo sí lo recuerdo perfectamente, aunque entonces no di importancia a su comentario. Pero luego, me pregunté: ¿cómo sabía *miss* Burns mi preferencia por las secretarias pelirrojas? La solución era muy sencilla, porque sólo una persona podía haberla informado de eso: *miss* Dorsey. Así pues, ya tenía a dos mujeres que se hacían confidencias. Usted había llamado a *miss* Burns, para decirle que un tal Lamb, una cucaracha, andaba por ahí investigando y que tuviese

cuidado, pues era un zorro que con el cuento de preferir secretarias pelirrojas hacia preguntas interesantes, y que podía decirle a *miss* Burns que prefería las morenas y hacerle preguntas también. ¿No es así? Y cuando todavía estaba vacilando, me llama usted al apartamento de Griffin, *miss* Dorsey, y me dice que sabe dónde está Josuah Martins, etcétera, etcétera, etcétera. Le doy las gracias, tras quedar citados, y cuelgo. Me pregunto: ¿cómo ha sabido *miss* Dorsey dónde estoy ahora? ¡Vamos, lo que usted me contó era un cuento chino, *miss* Dorsey! Usted sabía dónde estaba porque *miss* Burns la había llamado para decírselo, y entre las dos, decidieron quitarme de en medio, pues me estaba poniendo peligrosamente pesado. ¿De acuerdo?

—¿Usted… sabía esto cuando acudió a mi cita? —jadeó Maureen Dorsey.

—Naturalmente.

—¿Sabía que queríamos matarle y acudió?

—A mí no van a matarme, *miss* Dorsey. Le diré por qué… En primer lugar, si disparan una sola vez, esta cabaña se va a llenar de policías que nos han seguido, al mando del capitán Mower, de Homicidios. Y en segundo lugar, yo no estoy de espaldas a ustedes, sino de frente, y, en cuanto comprenda que van a disparar, comenzaré a moverme… En cuanto eso ocurra, más les vale que me acierten a la primera.

—Está mintiendo… —jadeó Stella Burns—. ¡Nadie le ha seguido, él está solo, y no sabía nada de nada hasta que nosotras le hemos proporcionado información!

—Si tan convencida está de eso —deslizó con indiferencia Lamont—, ¿por qué no echa un vistazo por la ventana?

Era el truco más viejo del mundo. Pero surtió efecto.

Por un instante, sólo por un brevísimo instante, las miradas de las dos mujeres se desviaron hacia la ventana del saloncito.

Lamont Lamb estaba ya saltando en ese momento. Maureen se dio cuenta una fracción de segundo antes que Stella, lanzó un grito, se volvió hacia el detective privado, y disparó…

Muy mal, por cierto. Evidentemente, no tenía el temple de nervios suficiente para disparar con eficacia contra un atleta de metro ochenta y cara de pésima uva que saltaba hacia ella como una fiera auténtica… La bala pasó por encima de la cabeza de

Lamb, y desviada hacia la derecha.

Y ya no pudo volver a disparar… El puño derecho de Lamont se hundió con blando sonido en su seno derecho, y Maureen Dorsey saltó de espaldas, como una… muñequita; una blanquísima muñequita aplastada por el intensísimo dolor del tremendo puñetazo…

¡Plop!, disparó Stella Burns, mientras Lamont se volvía ya hacia ella.

El detective se estremeció, lanzando un grito, cuando la bala hizo crujir las costillas de su costado derecho, pero no se detuvo. Adelantó un paso, pero como ni aun así podía alcanzar con sus puños a Stella, que iba a disparar de nuevo, alzó la pierna derecha, en dirección al bajo vientre de la asesina, cuyo rostro estaba pálido, demudado… Cuando recibió el punterazo, la blancura de su rostro fue nívea, súbitamente. Los ojos giraron en las órbitas vertiginosamente, pero Lamont no pudo ver cómo terminaba aquello, porque Stella Burns, como muerta, se desplomó de bruces.

Y delante de ella, con la mano izquierda en el costado, quedó Lamont Lamb, tambaleándose, con la impresión de que tenía telarañas ante los ojos. Sacudió la cabeza, y la visión se aclaró. Suspiró profundamente, pero con gran cuidado.

Durante un minuto permaneció allí, inmóvil, como si no supiese qué hacer. Aunque si sabía lo que tenía que hacer: llevar a las dos asesinas al Departamento de policía. Utilizaría el coche de Maureen, que había quedado cerca de la cabaña… ¿O quizá estaban muertas y no valía la pena complicarse la vida?

Pero no. No estaban muertas. Sólo desvanecidas.

—Muy bien. Haréis el viaje conmigo —le sorprendió su propia voz en el silencio de la cabaña.

Hizo tiras una sábana, y las ató de pies y manos. Luego salió de la cabaña, emprendiendo el regreso hacia el coche, dando traspiés. Y estaba ya muy cerca del coche de Maureen cuando le llegó la voz conocida:

—¡Señor Lamb!

Lamont se detuvo, y quedó tambaleándose, estirando los párpados en su intento de ver con claridad suficiente. Pero no hacía falta, porque conocía aquella voz…

—¡Señor Lamb!, ¿qué le ocurre?

—Señorita Murr, ¿de dónde sale usted?

—¡Está herido!

—¡¿De dónde demonios sale?!

—Le… les seguí con mi coche… Quería saber… Bueno, al verle con una mujer, pensé que podría ser la suya, o…

—¿Me dijo usted que se iba a casa cuando me dejó en aquella esquina…, y en lugar de eso se ha dedicado a seguirme?

—Sí… Sí. Déjeme que…

—¿Por qué demonios tengo que encontrarla en todas partes?

—Me gustan las cucarachas. Déjeme que vea su herida. Hay que hacer algo, ¡está perdiendo sangre!

—No importa eso ahora. Hay que…

—¡Sí que importa! Vamos a la casa, le curaré esa herida, y luego ya hará usted lo que tenga que hacer.

* * *

Giles Robbins y Elmer Griffin se pusieron en pie al ver entrar al capitán Clinton Mower, acompañado de tres hombres de paisano, dos agentes de uniforme, una preciosa muchacha rubita, y el maldito Lamont Lamb.

Eran las tres de la madrugada.

Con Robbins y Griffin estaban cuatro hombres; cuatro abogados, dos por cada uno. Y fue uno de los abogados quien se adelantó hacia Mower, decidido el gesto, fruncido el ceño.

—Capitán Mower, debo advertirle a usted que esta detención de mi…

—Le sugiero que se calle, abogado Mallory —dijo suavemente Mower—. Créame; es un buen consejo. Y lo mismo les digo a los demás.

—¡No nene derecho a hacer esto! —aulló Robbins—. ¡Tenga por seguro que cuando salgamos de aquí…!

—Ustedes ya no saldrán de aquí —dijo hoscamente Lamb.

—¡Y usted también lo pagará caro! —vociferó Griffin, señalándole con el dedo—. ¡Cuando acabe con usted…!

—No sea estúpido, señor Griffin. ¿No comprende que todo está perdido? Tengo el gusto de decirle que las secretarias de ustedes eran quienes facilitaban a George Delaware todos los informes y pruebas con los que el periodista les estaba chantajeando. Esos

informes, minuciosamente escritos por Delaware con su gran habilidad y detallismo profesional, estaban en una caja de alquiler que hemos vaciado ya. —Lamont miró a uno de los detectives, que puso un gran sobre encima de la mesa, y sacó su contenido, mirando luego a los demudados Griffin y Robbins—. El capitán Mower ha echado ya un vistazo a todo eso, y tiene pruebas suficientes y pistas para conseguir todavía más pruebas definitivas sobre sus negocios actuales. El mecanismo se ha puesto en marcha: y ustedes han sido atrapados. Si no los ejecutan, que es lo que merecen, se pasarán el resto de sus vidas en la cárcel. Pin. Se terminó para ustedes.

—Quiero ver eso —se adelantó uno de los abogados.

Mower pareció a punto de negarse, pero cambió bruscamente de parecer. Asintió con la cabeza. Los otros tres abogados se unieron al primero, y comenzaron a examinar toda la información escrita por el periodista George Delaware…

—Bueno —suspiró Lamont—, ¿qué pasará conmigo, capitán?

—¿Respecto a qué? —Lo miró Mower.

—Supongo que no podré negar que he estado trabajando sin licencia. Y además, he vuelto a zurrar a una mujer… Mejor dicho, a dos esta vez. Voy de mal en peor, ¿no le parece?

—Arreglaremos eso, espero —musitó Mower—. Eran dos asesinas… Por otra parte, gracias a todo esto, se entiende que gracias a usted, vamos a hacer una buena limpieza, Lamb. Puedo asegurarle que esta vez no tendrá dificultades, pese a todo.

—Pero tengo que seguir esperando dos meses y medio, para volver a trabajar legalmente.

—Bueno… No sé. Haré lo que pueda, pero…

—¿Qué más da? Tengo algo de dinero ahora, y aguantaré hasta entonces. Además, así podré reponerme de la herida.

—Bebería estar ya en el hospital —gruñó Mower—. No se puede andar por ahí con tres o cuatro costillas rotas, manchado de sangre y con un vendaje provisional…

—Iré en cuanto esto termine. Puedo soportarlo, se lo aseguro. Sí, señor, iré al hospital, veré a Ricitos, celebraremos que su príncipe azul va a seguir viviendo, y luego dejaré que me remienden todo lo que quieran.

—Le… le llevaré al hospital —dijo Diana Murr.

—Hombre no faltaría más —masculló Lamont y se acercó a los abogados—. ¿Qué? ¿Cómo va eso?

Mower estaba mirando atentamente a los abogados, que no podían estar más lívidos y demudados… Pero tuvo que distraer momentáneamente su atención de ellos cuando notó un tirón en una manga. Se volvió hacia Diana Murr.

—¿Sí, señorita Murr?

—Al señor Lamb le retiraron hace tiempo la licencia por pegar a una mujer.

—Así es.

—Pero… ¿por qué le pegó a aquella mujer?

—Era una joven encantadora, que se dedicaba a hacerse amiga de muchachos muy jóvenes cuando salían de la escuela y los invitaba a Coca-Cola —repuso Mower, distraído.

—¿A Coca-Cola? —se sorprendió Diana—. ¡Pero…!

—¿No lo entiende? —Gruñó Mower—. Los estaba orientando hacia el camino de las drogas, administrándoles pequeñas dosis. Lamont la descubrió cuando estaba trabajando para los padres de tres de aquellos muchachos, y la hizo picadillo…

—¿Qué? —se desentendió de Diana Murr—. ¿Han llegado a alguna conclusión, señores?

Los abogados habían dejado ya los papeles. Ni siquiera miraron a Robbins y Griffin. Solamente se consultaron con la mirada. Luego, uno de ellos se volvió hacia sus supuestos defendidos, y dijo, con voz velada:

—Tendrán que buscarse otros abogados. No hay nada que hacer, pero además, no queremos ensuciamos con esto. Buenas noches. Buenas noches, capitán. Gracias por su amabilidad.

Los abogados salieron del cuarto donde permanecían detenidos Giles Robbins y Elmer Griffin. Durante unos segundos, reinó el silencio.

De pronto, Lamont dijo:

—A propósito, señor Griffin, ya que usted no va a necesitarla en la cárcel…, ¿no podría regalarme aquella porcelana tan bonita de

diez mil dólares?

Los dos detenidos estaban lívidos. Sabían que habían perdido para siempre la partida, pero aun así, ambos miraron de arriba a abajo a Lamont. Y Griffin exclamó:

—¡Cucaracha inmunda!

Lamont Lamb se permitió gastar su sonrisa de las próximas Navidades, mientras se dirigía hacia la puerta, con la cabeza vuelta hacia ellos.

—Adiós, parásitos.

ESTE ES EL FINAL

Diana Murr sonrió deliciosamente.

—Ah, Lamont, hola… Pasa.

Lamb miró hacia el interior de la casa, y vaciló.

—Bueno… Me parece que he oído tu piano… No quisiera molestarte en tu trabajo.

—¡Que tontería! ¿Las flores son para mí?

—Pues si —masculló Lamb, entregándole el ramo—. Sí, claro. ¿De verdad no molesto? Diana le tomó de una mano, y le obligó a entrar en la casa. Cerró la puerta, y se volvió hacia él.

—¿Que quieres tomar?

—Bueno, de momento nada… En realidad, he venido a hacerte una proposición.

—¿Que proposición? —susurró Diana.

—Se me ha ocurrido darte una idea para una nueva canción. Podrías titularla La Cucaracha.

La expresión de Diana fue de total desencanto.

—¿Has venido a decirme eso?

—Sí Claro. ¿No te gusta la idea?

—Ya hay una canción que se titula así: la cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar…

—Porque le falta, porque le falta, la patita de… Vaya, es verdad. Bueno, entonces te haré otra proposición: Ricitos y su príncipe se van a casar dentro de tres semanas, cuando él esté ya bien del todo, y yo he pensado que puesto que ya tengo zapatos nuevos, traje nuevo, etcétera, y dentro de un mes me devolverán mi licencia y ganaré dinero a vagones, podría casarme el mismo día y hora que

Ricitos, y luego gastarme el dinero que me queda en un viaje de luna de miel de un mes, más o menos… ¿Qué te parece la idea?

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Hombre, claro.

—Oh, Dios mío. —Diana se colgó del cuello de Lamont, sin soltar el ramito de flores, y lo besó en los labios dulcemente, antes de terminar—. ¿Ves? ¡A esto me refería yo cuando dije que eras una cucaracha…, digo un hombre estupendo!

—¿Eso quiere decir que aceptas?

—Santo cielo… ¡No puedes ser tan tonto de preguntar eso, Lamont Lamb!

—Es que a mí —gastó Lamont la sonrisa del cuatro de julio del próximo año—, me gusta estar seguro de las cosas antes de pasar al ataque, Y ahora que ya estoy seguro…

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…